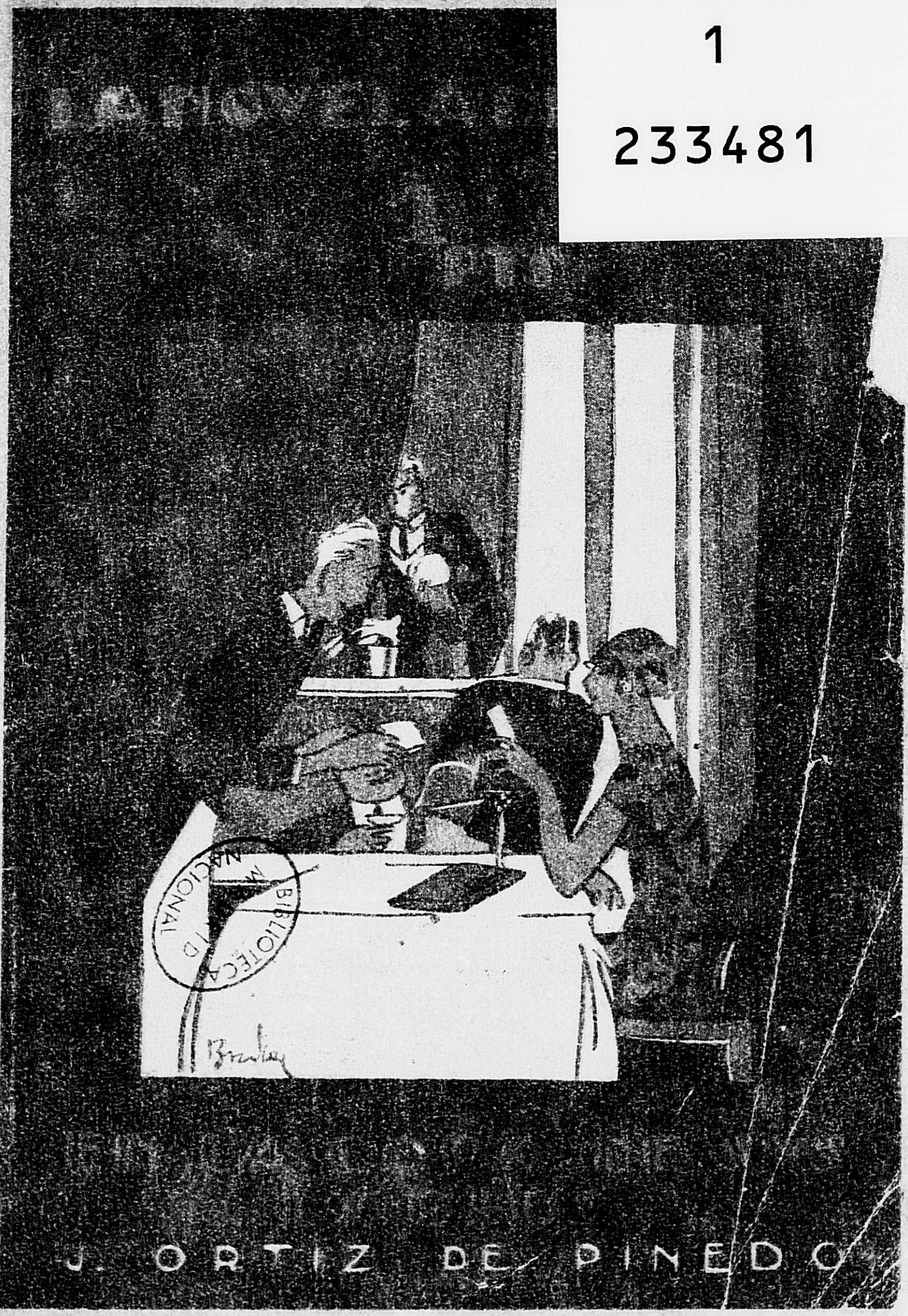
1

233481



BIBLIOTECA NACIONAL

J. ORTIZ DE PINEDO

1

233481

47/1504488

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 30 de abril de 1926 Núm. 51

EN LA COPA DE SUS LABIOS

Novela de

J. Ortiz de Pinedo

ILUSTRACIONES DE **BRADLEY**

UNA PESETA

BIBLIOTECA MADRID MADRONA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SAEZ HERMANOS
NORTE, 21.- TELÉFONO 17-65 J.
1926

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

Las noches de prueba

POR

JOSE BRUNO

ILUSTRACIONES DE

BELLON

R. 32223ff

I

La amplia nave, de paredes desnudas y alta techumbre encristalada, fría, silente, bañábase en la azulosa claridad del alba invernal. Sobre el mármol mate de una de las dos mesas de disección, esperando el bisturí del forense, descansaba el bello cuerpo desnudo de la muerta trasladada al Depósito judicial la noche antes.

Carne blanca, armoniosa de líneas, como esculpida en nieve, manchada tan sólo por la pincelada rubia del sexo. El casco dorado del pelo, deshecho ligeramente; manos y pies con las uñas exquisitamente cuidadas; la boca contraída por un esguince trágico; los pe-

chos, aún turgentes, inclinándose hacia los flancos, ya sin aquellas vetas azules que acusaban el latido de la vida; los ojos, por último, cerrados blandamente como al sueño, floreciendo las pestañas sobre las lívidas ojeras de los muertos.

Aparecía la cabeza un poco inclinada hacia el lado izquierdo, y en la garganta advertíase un pequeño orificio, lavado ya de la sangre que en él borboteara. Por este agujerito tan insignificante se había escapado la vida de Concha Trigueros.

Quien no hubiera leído la Prensa de la noche anterior hubiérase preguntado, ante la magnífica desnudez de aquel cuerpo: "¿Quién es esta mujer? ¿Señoril o plebeya? ¿Dichosa o desgraciada? ¿Víctima de un crimen o de un suicidio?" Y aun conociendo todos los detalles del suceso que hubo de apasionar a la opinión y llenar unas cuantas columnas de prosa informativa, quedaba la curiosidad mal satisfecha. Más allá de la información periodística, al otro lado de lo que podía saber y relatar el repórter, permanecía hermético el pasado de aquella hembra cuyo re-

trato esplendía risueño y tentador en los diarios y revistas, mientras esa misma carne fragante era ya solamente campo de experimentación para el escalpelo y alimento de gusanos.

Si esta mujer ha sido rica y elegante, aún más bella se ofrece ahora en su abstoluta desnudez, sin brillantes ni perlas en las orejas, la garganta y las manos; sin sedas ni tules que intenten añadir encanto a sus formas; de la riqueza de su atavío ha venido a dar en semejante austeridad de estatua yacente. Y si fué pobre, si sus carnes bruñidas cubriéronse simplemente con algodón y percal, mayor es ahora su pobreza, mostrándose tan sólo en el barro, sin afeites, con que vino al mundo.

Si la felicidad le sonreía, lástima que la mano del Destino la haya truncado tan pronto. Si, por el contrario, era desgraciada, cuán dulce hallará el descanso.

En la auroral penumbra azul, el cuerpo de la víctima recuerda las esculturas yacentes, místicas y profanas, de las capillas de las catedrales. Aquí la piedra es carne toda-

vía; el cincel, la mano de la Naturaleza; aquí la luz no invade la nave tamizada por la ojiva multicolor, contribuyendo al misterio poético del lugar, sino que es luz cruda, sin veladuras, alumbrando la miseria humana en uno de sus parajes más desoladores.

Si ante la efigie marmórea de tales sarcófagos detiénese curioso el visitante para leer la leyenda o inscripción del personaje inmortalizado por la piedra, dedicando un instante de loa a su santidad, o sus hazañas, no merece menor atención un cadáver cualquiera yacente en la sala de autopsias. Lo trajo aquí el Destino, y sea cual fuere el origen de la tragedia, debe suscitar idéntica curiosidad en el psicólogo. Se trata de un *caso,* de un documento de la Vida, y la Vida debe estudiarse siempre, por triviales que parezcan sus aspectos. Ante la Vida, el espíritu curioso detiene el paso y, cual el visitante del templo al leer la inscripción, se acerca al bello cuerpo que aguarda las desgarraduras del bisturí e inquiere la historia de la que se llamó en el mundo Concha Trigueros.

II

A primera hora de la tarde estuvo en casa del peluquero, el buen *monsieur* Champon, Julio García en castellano y para sus íntimos solamente, que no le descubrirían el secreto. Convencido de que con su apellido español jamás podría higienizar y arreglar artísticamente las cabezas de las señoras—las pocas que por entonces sometíanse en Madrid al lavado y secado eléctrico y la ondulación Marcel—, no dudó en adoptar un nombre francés, un postizo más de quien tan diestramente los preparaba. Y he aquí a *monsieur* Champon, el mejor peluquero femenino, lavando y componiendo cabezas con el mismo

arte exquisito con que antes hiciera bisoñés y pelucas de teatro.

De las manos de Champon—tan sabias en alisar el dorado haz de su cabellera, sin duda la más bella de Madrid—pasó Concha a otras manos, varoniles también y no menos doctas en su oficio, a las de *monsieur* Girardin, modisto de moda a la sazón y éste francés auténtico, aunque casado con una española. En el taller de *monsieur* Girardin acabó de consumir la tarde. ¡Ahí es nada! Probarse tres trajes, corregir tres modelos, tres creaciones, tres sublimidades de la incansable fantasía de aquel hombre, digno de un pedestal erigido por suscripción entre sus clientes agradecidas. Pero extasiábase el modisto en la prueba.

—Como usted, señora, no he visto yo ningún cuerpo. Es el cuerpo más agradecido que conozco. ¡Oh, la tela en este cuerpo cae sola, solita!

Esto mismo solía decir *monsieur* Girardin a otras clientes; pero a ninguna con tanta justicia como a Concha. Todas las telas, todas las gamas, todas las modalidades indumen-



tarias plegábanse dóciles y flexibles a la graciosa y magnífica escultura de su carne. Y nada le debía al vestido; no era de esas mujeres que, gracias al modisto, acrecen su atractivo. En Concha el encanto primordial era ella misma; el traje, siempre un motivo secundario.

Las toaletas de la Trigueros, famosas en la corte, comentábanse entre alabanzas. Nadie vestía como ella con tanto gusto y esplendor. Sus tocados, sus pieles, sus joyas, deslumbraban en el mundo femenino, despertando la suprema expresión de la alabanza: la envidia. En cuanto a los hombres, el paso de la Trigueros era como una ola de sensualidad perfumada y turbadora. La desnudaban con los ojos, la acosaban con el deseo, poseíanla en ardientes cópulas imaginativas. Era de esas mujeres de belleza picante, incitadora, que parecen llevar en su hechizo la justificación de todos los errores.

Por último, desde el taller de *monsieur* Girardin, a casa, a cenar.

¡Ah, y el pobre *Cochito,* como le llamaba ella, pegado a sus faldas desde por la ma-

ñana, aguantando las horas mortales del peluquero y del modisto! Para que la espera se le hiciese menos pesada, hubo de invitarle Concha a dar una vuelta o, cuando menos, a que aguardase en el auto: el paso de la gente por la calle le distraería más. Pero *Cochito* no transigía con separarse de ella un minuto. Quería gozar a todas horas del encanto de verla.

—¡Qué pegajosito eres, rico mío!—suspiraba Concha entre mimosa y aburrida.

Cochito, por toda respuesta, sonreía dichosamente.

Y luego de la cena, al teatro, como casi todas las noches. El lo cambiaba muy a gusto por el calorcito de la cama; pero ella parecía no vivir más que para la exhibición constante. De todo hacía escaparate de su belleza, y el palco era, sin duda, de los propicios. Desde su platea sentíase vencedora de todas las bellezas y todas las elegancias del teatro. *Cochito,* a su lado, pese a su buena planta donjuanesca, replegábase modestamente para no turbar lo más mínimo el gozo de semejante soberanía, tan femenina e inocente.

Hallábanse en la Princesa, en noche de abono, viendo *La propia estimación.* Esta hermosa comedia benaventiana no interesaba a Concha, como a tantas otras bellas espectadoras, más que por los trajes de la protagonista.

A cambio de unos vestidos lindos y la escena bien puesta, el abono femenino es capaz de soportar el diálogo más literario y exquisito. En los entreactos, Concha gozó a su sabor sintiendo sobre sí todas las miradas y todos los gemelos. Estaba segura de que en casi toda la sala susurrábase al verla: "Ahí está Concha Trigueros."

Cuando, finado el espectáculo, cruzaba el vestíbulo, apoyada en el brazo de *Cochito,* envuelta en su abrigo de marta cibelina, exclamó:

—Tengo sed... ¿Vámonos a beber al Palace un poco de champaña?

– Si es un capricho...

Cochito bajó la cabeza y dió la orden al chófer.

En el Palace estuvieron más de una hora. Había poca gente en el *hall.* Unos cuantos

extranjeros, dos o tres personas conocidas. Concha saboreó, como en todas partes, el tributo de las mudas alabanzas. Esto parecía bastarle para ser feliz.

—¿Sabes, *Cochito,* que no tengo sueño? De buena gana me iba ahora, sola y a pie, a callejear hasta el amanecer.

—¿Pero estás loca?

—Lo que oyes. ¿Vamos?

—Pero, mujer, ¿vas a meterte a aventurera?—exclamó él riendo.

—Una aventura bien inocente. Contigo puedo ir a todas partes. Anda, vamos... Apenas hace frío. Cuando nos cansemos de andar nos metemos en un cafetín a comer churros. ¿No te gustan a ti los churros? A mí me entusiasman; pero tienen que ser en el cafetín; ahí es donde saben mejor.

Cochito se resistia.

—Mira, nena, esto me parece sencillamente una extravagancia.

—¡Ah, claro! Pues por eso. ¿Te parece poco encanto? Lo normal, lo de todos los días, cómo aburre.

Al cabo transigió. ¡A qué no accedería *Co-*

chito pidiéndoselo ella! Era una loquilla, una caprichosa; pero, en fin, por una vez...

Mas como no era cosa de vagar por las calles y visitar cafetines con *toilette* de abono, fueron primeramente a cambiar de tocado, vistiéndose la ropa más modesta, casi un disfraz, según dijo Concha.

—Eres novelesca.

Y del bracero—complacida ella por salirse con la suya, satisfecho él al verla dichosa, aun a trueque del sacrificio de ciertos miramientos—echaron a andar, cruzando las grandes vías, con rumbo a los barrios bajos.

Ni un alma por las calles. Y aún se quejaban los moralistas. Madrid entero estaba metido en la cama, durmiendo santamente. En el arroyo, cuatro desharrapados, cuatro meretrices mendicantes—la miseria disfrazada de lujuria para no perecer del todo—, cuatro noctámbulos soñadores, que por no acostarse a la hora de todo el mundo, se creen grandes espíritus independientes.

Desembocaron en la plaza del Progreso. Torcieron por Duque de Alba. Iban lentos, perezosos, gustando la delicia de la soledad

y las sombras, como antes en el Palace, en el teatro, la embriaguez de la luz. El frío no era tan agudo que les molestase, más bien les punzaba con acre caricia. No había luna, y el cielo, apenas estrellado, mostraba un azul oscuro, denso, casi negro.

Detuviéronse ante un cafetín de la Ribera de Curtidores. *Cochito* quiso resistir todavía.

—Mujer, ¿pero ha de ser precisamente en uno de estos cafetines infectos?

Concha se echó a reír, desdeñosa.

—¿Tienes miedo? Anda, que no acabaremos a navajazos. Esta gente es mejor de lo que dicen.

Y, tirando de él casi, penetraron en el establecimiento. Un rectángulo inhóspito, sucio, mal alumbrado, apestoso a accite frito, y en las mesas y bancos unos cuantos golfos, gente maleante y vagabunda.

Refacción suculenta. El pidió una taza de café puro, del que tomó un sorbo solamente, asqueado del brebaje. Ella, *más castiza,* según declaró, consumió los consabidos churros acompañados de una copa de aguardiente.

Mientras Concha apuraba con delectación la aceitosa masa y el rabioso alcohol paseando la mirada curiosa por la famélica concurrencia, *Cochito,* resignado, añoraba las dulzuras del edredón de pluma, casi ingrávido sobre el caliente nido del lecho. Luego la habló con cariñosa reconvención. Aquello era una *bohemiada* sin objeto. ¿Qué gusto sacaba con pasarse la noche en claro tan sosamente? Comprendía otros caprichos, pero éste...

—¡Ay, hijo! ¿Y quién te dice a ti que no llevo yo dentro una bohemia, una mujer reñida con la rutina y el buen parecer?

Permanecieron en el cafetín largo rato, pese a los amorosos requerimientos de *Cochito,* que se caía de sueño. Eran las cuatro de la madrugada. Alguno de los golfillos dormía de bruces en la mesa del cafetín. Este, medio en sombras, tenía una fuerte expresión de "capricho" goyesco. En la penumbra blanquecina como manchada de ceniza, los rostros pálidos de insomnio y de miseria emergían cual de una pesadilla dolorosa. Concha, tan pronto ajena al ambiente del lugar



como adentrada en él, hablaba sin cesar, casi monologando, de mil nonadas. Iban ya a retirarse cuando aparecieron en la puerta dos agentes. Echaron una ojeada a la concurrencia, que produjo en ésta un movimiento de inquietud. Uno de los policías acercóse al golfillo que dormía con la cara tapada, y lo zarandeó. El rapaz sobresaltóse, más que de la brusquedad, de la inopinada presencia del agente, a quien, como los demás, conocía. Concha y *Cochito* merecieron especial atención por parte del otro policía. Luego de un instante de duda, acercóse a la mesa, y cortésmente pidióle a él la identidad de su persona. *Cochito,* azoradísimo—no le había ocurrido en su vida cosa semejante—, tiró de cartera y exhibió la cédula. El agente excusóse respetuoso:

—Perdone usted, caballero, pero a veces no hay más remedio en ciertos lugares... Muchas gracias. Buscamos a alguien que no parece. Buenas noches.

Saludaron ambos y salieron, escoltados por las miradas temerosas de los desharra-

pados. Apenas traspusieron el umbral, Concha se echó a reír.

—Ya ves, nene, ¡hasta sospechosos somos! Todavía te veo durmiendo en la Modelo si no llegas a llevar la cédula.

Pero a *Cochito* no le había hecho gracia el lance. Se levantaron y salieron. Concha seguía riendo, divertida con el episodio, comentándolo humorísticamente.

Continuaron callejeando. Se había empeñado ella en acostarse con sol, llevando la humorada hasta lo último. *Cochito,* paciente, transigía. Recorrieron todos los barrios bajos, anduvieron al azar por las calles más empinadas y tortuosas, detuviéronse a contemplar las casucas y los templos más vetustos y renegridos como turistas curiosos del pasado de la ciudad. Cuando amanecía sentíanse profundamente fatigados, ávidos de un poco de reposo en el primer banco público que tropezasen.

—¿Sabes, nena, que hemos corrido una juerga?

Ella rió entre la fatiga.

—¿Y qué? He tenido un capricho y lo he satisfecho.

—Siendo así—repuso él cariñoso—me doy por bien pagado.

El cielo se esclarecía débilmente. Algunas estrellas opacas nadaban en el éter blanquecino. Era una aurora plácida de febrero...

Agotados ya, dejáronse caer en el banco de una plaza. El primer coche que acertó a pasar—un simón fementido—los condujo a casa. Al meterse en la cama, el reloj daba las seis de la mañana. *Cochito* repitió para sí, desfallecido: "Decididamente hemos corrido una juerga."

III

Huyendo del aguacero que súbitamente comenzó a desatarse, Alvaro de Ceballos corrió, en unión de otros transeúntes, hacia el primer portal, mejor dicho, hacia lo que tenía más cerca: la marquesina del Cinema Pozas. Miró en todas direcciones por si pasaba un taxi que le condujera a la Peña. Ninguno. Tendió la vista distraídamente a la cartelera; no había películas que tanto le aburrían, particularmente las policíacas y de episodios, a la sazón tan en boga... Una peste. Actuaba una compañía de cómicos; cosa modesta, modestísima, a juzgar por los nombres, perfectamente desconocidos, del galán y la primera dama que figuraba al frente

del cartel: "Compañía Pérez-Iñiguez." Acercóse a la taquilla... Pasaría un rato, mientras escampaba.

Al penetrar en la sala oyó el detonante acento de un personaje de casco y coraza que maldecía en verso. Estaban representando un dramón histórico, *El puñal justiciero,* y la concurrencia, identificada con el autor, guardaba un silencio de iglesia. Ceballos miró con simpatía tanto a aquellos pobres comediantes, tristes jornaleros de un arte sin grandeza, como al público ingenuo y rudimentario que los oía con entusiasmo. Finalizaba el primer acto del drama... Al hacerse la luz en la sala, un acomodador vino a entregar a Ceballos una tarjeta. Rezaba así: "Daniel Gutiérrez, actor." Y luego escrito a lápiz: "Tiene el gusto de saludar a su ilustre amigo don Alvaro de Ceballos."

¡Daniel Gutiérrez! El antiguo camarada, amigo excelentísimo... Venía a saber de él al cabo de los años.

Y dirigiéndose al acomodador:

—Tenga usted la bondad de acompañarme a su cuarto. Deseo devolverle el saludo.

Atravesaron el patio de butacas y entraron por el pasillo que conducía al escenario; un corredor angosto, lleno de cajones, bastidores, trastos y cachivaches que lo hacían aún más estrecho y dificultoso. A uno y otro lado, los cuartos de los artistas, que continuaban en el piso superior luego de una serie de escalones de madera crujiente y ruinosa, y casi al final de este piso, el cuarto de Daniel Gutiérrez. Al asomar Ceballos, un hombre que vestía juboncillo, trusa y morrión, con grandes mostachos y cara pintadísima, adelantóse, entre respetuoso y familiar:

—¡Amigo Ceballos!

De no presumirlo, le hubiera sido a éste difícil reconocer en aquel pintoresco personaje a su antiguo camarada.

—¡Querido Gutiérrez! No sabes lo que celebro este encuentro. Ignoraba que te dedicaras al teatro.

—A esto me ha traído el azar, a ser un pequeño y deplorable histrión.

—¡Hombre!

—Estaba en escena cuando entraste en el patio de butacas. Te reconocí en seguida.

Muy de agradecer es que nada menos que tú, Alvaro de Ceballos, noble y rico señor, venga a ver a unos cómicos de la legua. ¿Es que te gusta el género? ¿Te llamó la atención, acaso, este drama?

—No me gusta mentir. He entrado por casualidad. Pasaba cerca... Llovía...

Gutiérrez rió con cierta amargura.

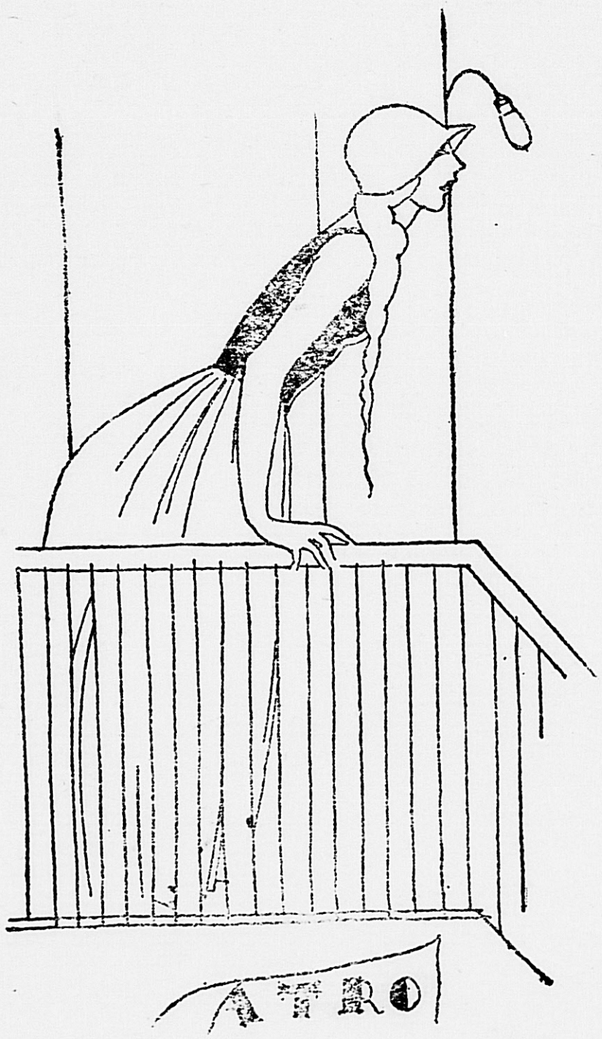
—Ya decía yo. Sólo lloviendo pueden venir a vernos ciertas personas. Y hay días sin un alma, aunque caigan chuzos. ¡Bueno está el negocio! En fin, mientras quede un garbanzo en la olla... Y tú, cuéntame...

El avisador pasó ante el cuarto.

—¡Señor Gutiérrez, prevenido!

—Vente al escenario, si quieres. Verás el acto entre bastidores.

Salieron camino de las cajas. Por la escalera bajaban cuatro o cinco cómicas aparatosamente vestidas con trajes de corte como damas de la reina. Ceballos tuvo un sentimiento de lástima para aquellas pomposas azafatas que, al despojarse de su disfraz farandulero, quedábanse en menestralas de treinta reales. Tras de las azafatas bajaron



unas cuantas aldeanas: corpiño de averiado terciopelo, brazos desnudos, cofia blanca... Entre ellas destacaba por su belleza una rubia alta, carnosa, de mirada encendida, graciosa de movimientos.

—¡Hermosa mujer!—musitó Ceballos.

—Te gusta, ¿eh?—comentó Gutiérrez—. ¿Y a quién no? Es lo mejor de la compañía, y tampoco son sacos de paja las demás. De mujerío andamos bien. La lástima es que ninguna de éstas es Sarah Bernhardt.

Se había levantado el telón, y damas y aldeanas apiñábanse entre bastidores, aguardando el momento de salir a escena. Ceballos no perdía de vista a la rubia. Gutiérrez rió, diciéndole:

—Me parece que vas a tener que abonarte. Voy a verte por aquí aunque no llueva.

—No diré que no.

—¡Digo! Pronto te entró la calentura. Ignoraba que fueras tan enamoradizo.

—Y no lo soy, te lo aseguro. Pero esta mujer me ha gustado como ninguna.

—Muchos la rondan, no creas. Pero es un poco mula. O va con su cuenta y razón.

Ceballos frunció el ceño.

—Bien, pero... ¿se sabe algo de ella?

Gutiérrez hizo un gesto ambiguo.

—¡Ah, eso! Eso vé tú a saber... Quién es capaz de... Puedes estar delante de Friné o de Lucrecia. Ello pertenece al secreto del sumario. Pero si tienes interés, apenas salga de escena te la presento. Una ventaja llevas sobre los demás, que no eres un pelagatos. En cuanto a lo otro, tú podrás descubrir la clave. Yo sólo sé decirte que se cuenta de ésta como de tantas; pero, vamos, lo que se dice una cosa *oficial*, patente, yo, por mi parte, no he visto nada.

—¿Hace mucho que la conoces?

—Seis u ocho meses. Empezó cuando yo la *tournée* que hemos hecho por provincias. Tratada, es simpática. Orgullosilla, eso sí, y muy voluntariosa. No debe de haber cumplido los veinticinco. Se llama Concha, Concha Trigueros.

IV

¿Cómo Alvaro de Ceballos, solterón empedernido y hombre tan poco dado a las faldas, celoso, por otra parte, de los timbres de su apellido, pudo enamorarse tan ciegamente de aquella mujer de origen plebeyo, comedianta de la más baja estofa? El primer asombrado del suceso fué él mismo. Mas pese a cuantos razonamientos en contra hiciera su orgullo de raza, la tosca aldeana de *El puñal justiciero* habíasele metido corazón adentro.

Al principio creyó que únicamente se trataba de un deseo sensual. Concha Trigueros era tan hermosa, tan atrayente que, a su vis-

ta, encendíanse con facilidad las ascuas de la carne. Mas pronto se dió cuenta de que no era esto solamente; mejor dicho, que este deseo no era apetito lúbrico, desligado de todo otro impulso, sino que, naciendo de un sentimiento superior, pasaba a ser en cierto modo secundario. La deseaba, sí, la deseaba furiosamente, con las fiebres delirantes de la carne en celo; pero la deseaba porque la quería, porque se había enamorado de ella como un colegial, con rubores y timideces de los quince años y angustias e impaciencias de apasionado.

Ni por un instante pensó en aprovecharse torpemente de la atracción que parecía haber suscitado en ella, y a la que tal vez imprimiera mayor realce su condición de hombre rico. Le hubiera parecido una profanación de su amor. Por otra parte, él no había pensado en convertir en manceba a la mujer que amaba. Por el hecho de amarla, creía que era digna de escalar todas las dignidades sociales y morales, todas las jerarquías y respetos. Es decir, que aquel orgullo de raza, que protestara altivo contra la in-

trusa, trocábase ahora, por obra del amor, en baluarte de ella misma, y el elevarla hasta su altura y el dignificarla haciéndola su esposa parecíale la más caballeresca de las empresas.

El matrimonio de Alvaro de Ceballos con Concha Trigueros dió mucho que hablar en el mundo aristocrático. Tejiéronse las leyendas más absurdas. Alvaro se había casado con una ramera... Cuantas damiselas o jamonas acariciaron la posibilidad de entregarle su blanca mano a cambio del disfrute de los millones que poseía, creyéronlo sin esfuerzo. En la credulidad iba la mejor razón de su despecho. Otros aseguraban que Ceballos había sido víctima de una encerrona. El padre de ella y su hermano, matones de oficio, habíanle jurado sacarle las tripas fuera si no accedía a la reparación más honrosa del ultraje inferido a la doncella inocente. Aun descontadas todas estas fábulas (Concha era huérfana y no tenía más que parientes lejanos), era innegable su origen plebeyo y su condición de artista de ínfima clase, y ella bastaba a los bien enterados y escrupulosos

para mirar con prevención al nuevo matrimonio y cerrarles las puertas de su casa. Alvaro vió con dolor que la sociedad en que vivía rechazábale violentamente. La señora de Ceballos, una intrusa, no podía ser recibida en los salones que frecuentara su marido. Pese a su belleza, a su elegancia, a su corrección (Concha adaptóse pronto y bien al nuevo ambiente, llevando el sombrero parisino con la misma graciosa naturalidad que antes el mantón de Manila), quedaba al margen del dorado círculo a que pertenecía su marido.

Tal vez por esto fué más rápida su popularidad. Como se la veía en todas partes y no se la trataba en ninguna, la fantasía se desataba fácilmente. De continuo contábanse mil anécdotas de la extraña heroína. Frases, gustos, caprichos y extravagancias de la señora de Ceballos corrían de boca en boca, adulterándose, tergiversándose, creándola una atmósfera poco grata, pero que contribuía a destacar cada día más su figura. No era como la señora de Paco Ponce, el pintor fanfarrón, vanidoso como un pavo real, que, al casarse, hubo de perder, para su dicha,



toda su personalidad. Carmela Pinto, la bailarina mediocre, más conocida que por su arte por el escándalo de sus amantes, pasó a ser la oscura señora de Ponce, pues que al legalizar sus relaciones con el pintor convirtióse en una burguesita de honrada apariencia y vida gris. De su pasado pecaminoso sólo conservaba unos pocos miles de duros que le dejara en testamento el antecesor de Paco Ponce, cierto conde de Peñavélez, glotón e hidrópico, que se dormía en todas partes.

La señora de Ceballos, por el contrario, iba labrando su nombre cada vez con mayor relieve. Muchos, antes la conocían por Concha Trigueros que por la mujer de Alvaro. Su personalidad, al revés de Carmela Pinto, comenzó con su matrimonio. Carmela Pinto pasaba en sociedad por una de esas mujeres sin historia, a las que se estrecha la mano pensando en toda suerte de virtudes domésticas; Concha Trigueros, en cambio, era la mujer sospechosa, inquietante, cuya vida intriga a todos.

Ceballos consideraba una injusticia el des-

vío de las que fueron sus amistades. ¿Es decir, que porque su mujer descendía del pueblo o por el solo hecho de haber pisado tablados de ínfima categoría, se la rechazaba? ¿Es que ella únicamente era la intrusa, la advenediza? ¿No se había él inclinado en los salones ante más de una dama de origen humilde o vida dudosa? Y a su mujer sólo de humilde podían tacharla. De dudosa, como a tantas, no. Durante su vida de cómica, y de cómica pobre, no pudo sustraerse a la maledicencia que envuelve el nombre de las artistas; pero a él le constaba que su mujercita había logrado escapar triunfante de la trampa en que tan fácilmente caen otras.

Su mujer era honrada: un diamante caído en el arroyo y aun salpicado de barro, pero puro, limpio, por dentro. El se había bajado a cogerlo; a él le cupo la suerte de descubrirlo antes que lo pisaran, y amorosamente lavado del cieno, veíalo ahora brillar con luces clarísimas. Y era su tesoro mejor, la única fuente de delicias que hubo en su vida. Hasta que conoció a Concha, hasta que empezó a quererla, no supo lo que era querer

ni desear, miel de amor y dicha de vivir.

—¡Cuánto te quiero, chiquita!—suspiraba—. ¡Cuánto te quiero!

—Y yo, *Cochito* mío—respondía ella con igual languidez.

—Escucha..., eso de *Cochito,* ¿qué quiere decir?

Concha soltó una risotada.

—¡Ah, hijo!, esta palabra no tiene traducción posible. Ni procede del latín ni del griego. Acaso sea—no dirás que no soy sabia—una contracción de *cochinito.* En vez de llamarte Alvaro o *Cochinito,* te llamo *Cochito;* es más breve. Y más cariñoso, ¿no te parece?

Alvaro rió feliz.

—A mí me parece todo lo que a ti te parezca.

—Ya lo sé, *Cochito* mío.

V

Cuando refirieron a Luis y Margarita la *bohemiada* corrida pocas noches antes en los barrios bajos, se rieron mucho. El matrimonio Giráldez era de las contadas amistades *bien* de que disponían los Ceballos. Ni Luis ni su mujer dieron, por lo visto, crédito a la leyenda de la Trigueros, o la aceptaron con la más amplia tolerancia. Margarita era una buena muchacha, muy enamorada de su marido, y Luis, Luisito Giráldez, aunque un poco trapalón y zascandileante, no parecía tampoco mala persona. Uníale a Alvaro una vieja amistad; juntos hicieron la carrera de leyes, y desde entonces era casi constante su

convivencia. Las pocas ocupaciones de uno y otro solía juntarles en la Peña, en el Casino, en teatros y diversiones. Luis, aún más que Alvaro, parecía haber venido a este mundo sin otra misión trascendental que el no hacer nada, y justo es reconocer que la cumplía a maravilla. Observaba su *dolce farniente* como un sacerdocio.

Para semejante ociosidad tenía Alvaro una poderosa razón en sus millones. Luis, mucho menos rico, había consumido gran parte de la fortuna y parecía empeñado en consumirla totalmente, a juzgar por el ardor con que se entregaba al *bacará* y al treinta y cuarenta. La amistad de Alvaro hubo de servirle para acudir a él en más de una ocasión y en momentos de apuro, de los que Ceballos le sacó siempre con espontánea largueza.

—Esto de dar dinero—exclamaba Luis—es el mayor sacrificio que se le puede pedir a un hombre. No hay acto de valor semejante. Eres un héroe, Alvaro.

Ceballos profesaba a Luisito un afecto sincero. La mejor prueba de lo mucho que le quería eran los *sablazos* soportados y la in-

dulgencia con que le perdonaba alguna que otra trastada. Veía en él un chico voluntarioso, mal criado, al que había que aceptar con todos sus defectos.

Otro de los buenos amigos de Alvaro era Faustino Lago, tristote, incoherente, medio loco, pero con un corazón como la pelota del fútbol en que ganaba casi todos los campeonatos, acontecimiento éste que por entonces empezaba a apasionar a la juventud española. Faustino Lago, siempre con la chalina deshecha y el pelo revuelto, nervioso, inquieto, audaz, era la simpatía misma y con él se podía contar para todo, aunque diera la impresión, por su versatilidad de ideas y su alocamiento, de no poder contar para nada. Era desigual en todas sus cosas; si le daba la vena por ver a Alvaro, lo tenía allí el matrimonio todos los días almorzando y comiendo. De pronto desaparecía, sin que se le volviese a ver el pelo hasta semanas o meses después. Era inútil que Alvaro le enviara recados a la Peña o a su casa para que fuese a verlos: o no contestaba o anunciaba que le esperasen a almorzar el día siguien-

te, promesa que, por lo general, quedaba incumplida. Otras veces, paseando a pie el matrimonio, surgía de entre la gente todo alborozado y efusivo el bueno de Faustino, propinaba a Alvaro un abrazo aparatoso y continuaba su camino gritándoles: "Mañana sin falta almuerzo con vosotros. ¡Hasta mañana!" O bien: "He de ir por allí. Tenemos mucho que charlar."

Alvaro se reía de todo esto. ¡Pobre Faustino! ¡Qué noblote era y qué loco estaba! Había que atarlo.

Cierta tarde tuvo Lago un encuentro que hubo de preocuparle solemnemente. Al entrar en "Versalles"—*cabaret* instalado en los altos de un café famoso, donde comenzaban a divertirse a la francesa los madrileños—, creyó ver a la mujer de Alvaro ocupando, sola, una mesa. La estupefacción le dejó paralizado. ¡Cosa más rara! ¡La señora de Ceballos en un *cabaret!* Buscó con la mirada en los grupos a Alvaro; indudablemente estaba allí; tratábase, por lo visto, de un capricho... Un hombre tan austero, tan serio como Ceballos, únicamente a título de curiosidad po-

día llevar a su mujer a un cabaret. Pero Alvaro no estaba allí... Faustino, entonces, se dirigió a saludar a Concha... Como por arte de encantamiento, la señora que ocupara aquella mesita había desaparecido. Acercóse a los grupos en pos de la fugitiva... Nada.

¿Habría soñado? ¿No sería ella? De no serlo, el parecido era asombroso. Y si no era Concha, ¿por qué huía? Faustino quedóse perplejo. La leyenda de la Trigueros pasó por su memoria como un chorro de luz que alumbra el camino. Sí, indudablemente, era ella, la mujer de historia equívoca, la comedianta sin talento, pero con amantes, que se da al mejor postor. Mas a renglón seguido hubo de desechar tamaños disparates, hipótesis tan afrentosas como absurdas. ¡La señora de Ceballos en lugar semejante! ¿Y a qué? ¿Con qué objeto? ¿No veía en Alvaro un marido dichoso? ¿Acaso pudo descubrir en el matrimonio Ceballos el más leve indicio de incompatibilidad? ¿Los millones de su marido dejaban de proporcionar a Concha algún capricho, por costoso que fuese? El, como todo el mundo, admiraba el lujo y el

boato de la dama, sin disputa una de las más bellas y elegantes de Madrid. ¿Cómo pensar, pues...? ¡Qué disparate! A buen seguro que la señora de Ceballos se encontraba a tales horas en su casa recibiendo a sus amistades o en el te de alguna amiga. Pero quedábale un resto de duda. Para disiparla del todo, lo mejor era ir inmediatamente a casa de Alvaro. La presencia de su mujer desvanecería sus recelos acerca de ella.

Abandonó el *cabaret*, tomó un coche... A la puerta de casa de Ceballos topó con Luis Giráldez, que salía.

—¿Está arriba esa gente?

—Arriba están, sí.

Giráldez apenas se detuvo. Parecía inquieto, preocupado. Faustino, por su parte, tampoco tenía ganas de conversación; importábale sobremanera salir de dudas. Interrogó impaciente:

—Oye: ¿está Concha con su marido, o acaba de llegar?

—Chico, no sé—respondió Luis, andando ya—. Yo solamente he visto a Alvaro. Tenía que hablar con él.

Al abrir la doncella la puerta, Faustino divisó a la señora de Ceballos, en uno de los salones, conversando con varias amigas. En el salón contiguo, de pie, Alvaro, que salió a su encuentro.

—Faustinito...

—Hola, chico.

Lago apresuróse a saludar a las señoras. En el semblante de Concha no creyó advertir signo alguno de haber sido *descubierta;* con la mayor naturalidad hubo de contestar al saludo. Indudablemente se trataba de un parecido. ¡Y él se había atrevido a suponer...! A dos dedos estuvo de preguntar a Alvaro si su mujer había salido aquella tarde. Se arrepintió, avergonzado. ¡El, que jamás pensaba mal de nadie, iba a pensar ahora! Pero, en definitiva, aunque hubiese salido y acabase de regresar, ¿era lo bastante para afirmar de un modo categórico que fuese la del *cabaret?*

—¿Qué te pasa, chico?—interrogó Faustino, sentándose aparte con Alvaro—. Te encuentro algo.

—Hombre, sí. Acabo de tener un disgusto. El pobre Giráldez...

—Le he encontrado en la puerta. También tenía un aire...

—Ese muchacho va a acabar mal; se está arruinando.

—Naturalmente, no para de jugar. Y qué, ¿le ha ocurrido algo gordo?

—Bastante. Y ha acudido a mí. Eres la única persona a quien puedo contárselo; de otro modo parecería jactancia. Pero a ti te hablo sinceramente. No es que me duela la ayuda que le presto; gracias a Dios puedo permitirme estos sacrificios, que, por un amigo como Luis, son, creo, un deber; pero veo con pena la esterilidad de mis esfuerzos, que a la postre el final ha de ser el mismo. Luis no sabe o no quiere contenerse y le espera el desastre total. Dime, entonces, qué va a hacer.

Faustino, que durante la conversación ya había cambiado dos o tres veces de asiento y de postura, contestó en su tono brusco y frívolo de siempre:

—Pues mira; tiene varias soluciones. Una:

pegarse un tiro. No resuelve el problema, claro está, pero quita cavilaciones... al suicida, naturalmente. Otra solución: ponerse a trabajar para sacar el cocido; esto, en un individuo como Luis, supone más valor que el pistoletazo. Otra solución muy bonita, aunque con algunos inconvenientes, es echarse a robar; a ser posible, legalmente, lo que proporciona dos satisfacciones: la del robo en sí y la pura, honrada, del cumplimiento de la ley.

—No lo tomes a broma.

—¿Cómo broma? ¿Pegarse un tiro es broma? ¿Robar es broma?

Faustino Lago, tirado sobre el sofá, reía como un bendito. Ciertamente que en aquel niño grande todos los horrores, todos los malos pensamientos eran de labios afuera. Alvaro, entristecido por la desgracia de Giráldez, lo veía reír, y esta risa noblota, ingenua, acabó por borrar en él todo malestar. Faustino, sentándose y levantándose, con mil gestos y actitudes, empezó a charlar de un montón de cosas nuevas, viejas, contradictorias, fantásticas y verdaderas, en tanto Alvaro, olvidado de todo, le escuchaba complacido.

VI

Al traspasar el umbral el Juzgado de guardia, ofrecióse a su vista el cuerpo de la víctima derribado sobre un diván. En la garganta de la muerta iniciábase el reguero de sangre que, invadiendo la morbidez del escote y empapando el brazo derecho, colgante, venía a caer sobre el pavimento, formando un charco rojo. Desnudas las manos de sortijas y el cuello sin joya alguna, pudo advertir el juez que los pendientes habían sido arrancados con cierta violencia, pues que uno de los lóbulos aparecía con ligera desgarradura. Vestía el cadáver traje de seda malva y medias del mismo color, calzando zapatos

de idéntica tonalidad. Sobre una silla, el sombrero, los guantes y un soberbio abrigo de pieles.

La estancia pequeña, con un balcón y dos puertas, mostrábase en perfecto orden. En el centro, una mesa cubierta por blanco mantel y con servicio de te para dos personas. Todo aparecía intacto: la bandeja de pastas y dulces, las botellas de jerez y champaña, los platos, los cubiertos. De nada se había hecho uso, a excepción de una copa de agua, vaciada, que estaba en un ángulo de la mesa.

Al pie de ésta, caída en la alfombra, una carta, que el juez se apresuró a recoger. Luego de leerla ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado al Depósito judicial. Asimismo dispuso la comparecencia de varias personas, entre ellas toda la servidumbre de la interfecta.

La Prensa tuvo al día siguiente pasto sabrosísimo para la curiosidad popular, tan malsana tratándose de la crónica criminal. La esposa de un hombre distinguido, estimadísimo entre la buena sociedad, había sido

asesinada. El móvil del crimen era, sin duda, el robo, pues que la víctima hubo de ser despojada de todas las valiosas joyas con que solía adornarse.

¿Quién era el asesino?

El hecho había tenido lugar fuera del domicilio de la víctima, y durante la ausencia de su marido, el señor Ceballos, que se hallaba en París desde hacía una semana.

Por las declaraciones que hizo ante el juez la servidumbre, se sabía que la señora de Ceballos no recibió visita alguna en todo este tiempo, y que, cual su costumbre, salió por las tardes en su coche para dar un paseo.

Amplia y minuciosa era la información de la Prensa acerca del crimen; mas pese a todas las leyendas y conjeturas formadas alrededor de la vida y del trágico fin de la protagonista del suceso, la verdadera historia escapábase a la investigación reporteril y aun judicial. De la esposa de Alvaro de Ceballos llegó a saberse algo; de Concha Trigueros, antes y después de su matrimonio, poco o nada.

VII

"Mañana, a las cinco, donde siempre. Muchos besos de tu *Michita*."

En el elegante pliego azul, levemente perfumado, detonaba la letra tosca, chabacana, de mujer sin cultura, tan exquisita en lo demás, tan sabia en el arte sutilísimo de agradar.

Cerrado el sobre, largo y estrecho, Concha escribió con mano torpe, trabajosa, preciosamente enjoyada de brillantes: "Señor don Luis Giráldez. Gran Peña."

Tocó el timbre. Apareció Eugenia, la doncella de confianza, mujer ya talluda, de per-



fil garduñesco. Celestina de aquellos amores. Sin pronunciar palabra alguna, la Trigueros depositó en sus manos la carta y una moneda de cinco pesetas, que Eugenia guardó sigilosamente luego de fijar un instante los ojos en su señora. Era una mirada de complicidad, y en el gesto, duro, frío, de la doméstica, adivinábase que antes que por lealtad u oficiosidad desinteresada serviale por la esplendidez con que Concha pagaba su tercería.

Al desaparecer Eugenia, la Trigueros quedó unos momentos todavía en el secreter, pensando vagamente en qué emplearía la tarde. Luego, perezosa, aburrida, púsose de pie y se acercó a uno de los balcones. El bulevar aparecía neblinoso en la tarde opaca de enero. Debía de hacer frío, porque la gente cruzaba de prisa y muy arropada. Automóviles y tranvías pasaban rápidos y sin tregua apenas, como un latido de la palpitación de la ciudad. Orlando el andén central, los árboles mostraban sus ramas mondas, dibujándose en la penumbra cenicienta a modo de estalactitas.

Dejóse caer en una butaca. ¿Adónde iría? ¿A tomar el te en casa de alguna amiga? ¿A pasear por el Retiro? ¿A un teatro? ¿A...?

No tenía ganas de nada. Sentíase tan fatigada, tan ahita de la noche antes... Qué mal sabor de boca... y de humor. De humor, sobre todo. No, no estaba para oír conversaciones estúpidas de amigas que se sabía de memoria, ni para dar unas vueltas en el auto hasta el Angel Caído, ni aun para soportar en una platea, no ya la comedia, sino ni siquiera las miradas envidiosas y codiciosas de *ellas* y *ellos*.

No estaba para nada. Sentía un vago malestar, ganas de dormir, de olvidar algo enfadoso, que parecía acosarla como el fantasma importuno de una pesadilla.

En el gabinete-tocador comenzaba a empalidecer la luz de la tarde. Sobre la espesa alfombra blanca con grandes rosas, sobre los muebles Luis XV y los amplios espejos dorados había ahora una luz de nácar, de ceniza. El pavo real que en la vidriera artística abría el fastuoso abanico multicolor de su cola, iba perdiendo la pompa de su brillo, y

las primorosas porcelanas del tocador desdibujaban sus contornos en la sombra.

Concha pensaba ahora en Luis Giráldez. ¿Cómo diablos le había hecho caso? La verdad es que no le arrastró hacia él ninguna atracción. No pasaba de ser un capricho, una condescendencia suya. En cambio, Luis ¡qué fuego ponía en su pasión! El que, seguramente, no supo inspirarle su mujer, la pavisosa Margarita, siempre con la boca abierta cuando hablaba su marido. Boba de remate.

Pero ya se iba cansando de aquel devaneo. Un año casi de duración era demasiada edad para cualquier amor. Por otra parte, le resultaba aburrido oír siempre a Luis la misma canción de su falta de dinero. Como que a veces no hablaban de otra cosa en sus entrevistas, cual si en lugar de citas de amor fuesen juntas de acreedores. Luis no le decía los *sablazos* que le pegaba a su marido, pero demasiado sabía por éste los apuros de que le sacaba. Ahora estaba peor que nunca. Hasta el punto que le había parecido advertir en él, durante la última entrevista, cierto

intento de pedirle dinero a ella misma. ¡Bah! Y, después de todo, ¿qué tenía de particular? ¿Por qué no sacarle de algún apurillo? ¿Y qué valen unos miles de pesetas cuando se dispone de millones? No era cosa de que un hombre se pegue un tiro por no pedirle a una mujer unos billetes que necesita. Decididamente, a la menor observación que Luis le hiciera, se brindaría a ayudarle. Alvaro no le escatimaba nada jamás; le pediría unos miles para una joya; tenía tantas, que su marido ni siquiera las conocía todas.

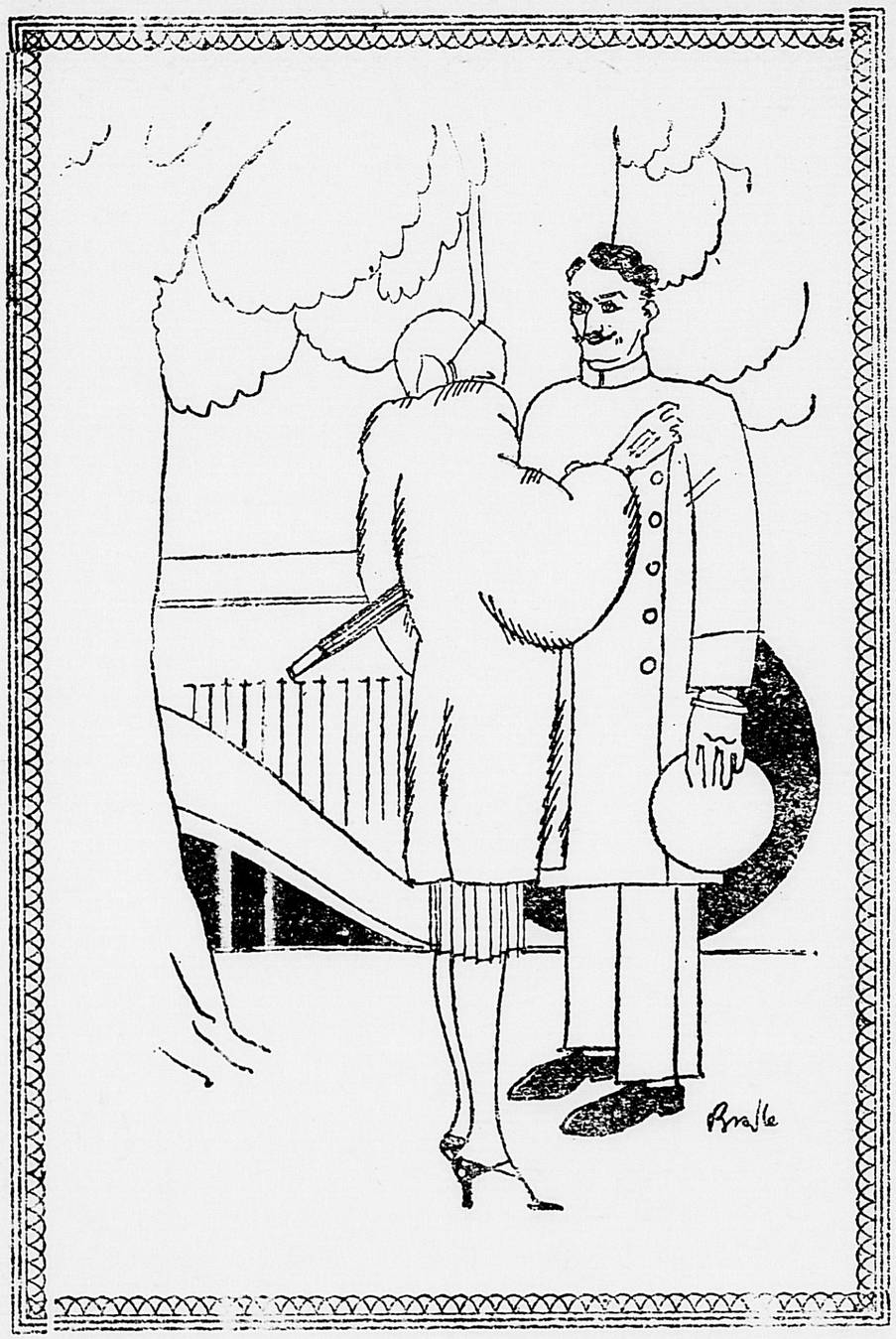
Este pensamiento vino a sacudir un poco el tedio de la Trigueros. Con propósito tan generoso abandonó el asiento, pidió el coche y decidió acabar de pasar la tarde en cualquier teatro. Así lo hizo. Aquella noche se acostó muy temprano; se sentía cansada todavía. Hasta echó de menos a su marido, que debía aburrirse en París como una ostra. ¿A quién se le ocurre meterse en negocios, con los millones que él apaleaba? Pero ahora le había dado el naipe por ahí. Otra chifladura, después de todo. El pobre Alvaro era muy rarito. Al principio, los dos primeros años de

matrimonio, siempre pegado a sus faldas, no dejándola a sol ni a sombra. Luego, menos mal, gozaba de entera libertad; entraba y salía a su placer, mientras él tenía costumbres de viejo y más manías cada vez. Ahora privaban los negocios... Por aburrido que esto fuese, ella lo prefería a aquella luna de miel tan larga, tan empalagosa..., cuyo solo recuerdo le daba náuseas...

VIII

En seguida de almorzar pidió el auto. Sentíase con ganas de dar un largo paseo, y la tarde, limpia de la bruma del día anterior, aparecía clara, brillante. Recorrió primeramente las calles centrales, animadísimas como siempre que amanece en Madrid un día de sol tras una noche de lluvias y vientos. Bajó luego a la Moncloa, saliendo a la carretera de El Pardo y regresando por la Bombilla; dió después en la Castellana y el Retiro unas cuantas vueltas, y cerca ya del Hipódromo despidió a su *chauffeur*.

—Puede usted encerrar. Tengo ganas de



estirar las piernas. Mañana, a las once. He de hacer unas compras.

Partió el automóvil Castellana abajo, mientras la Trigueros, con paso perezoso, avanzaba por el andén de la derecha. Ya en el Hipódromo tomó un coche de punto, y éste partió, cansino y polvoriento, por el camino de Chamartín.

Miró el reloj. Llegaría puntualmente. Anochecía. La Trigueros hizo un mohín de asco al fijarse en el interior del simón. La verdad es que había tomado una porquería... Acostumbrada al estuche, muelle y coquetón, de su *Mercedes*, aquel hule roto y fofo del asiento, aquellos cristales sucios, producíanle malestar. Hasta olía mal. Ella, en cambio, tan limpia, tan perfumada, toda sedas y oro y brillantes... Una joya en un estercolero.

Pero no era cosa de ir a ver al amante en coche propio. Se imponía la mayor precaución. Conforme se espesaban las sombras iba sintiendo miedo. Qué tontería... Jamás le había ocurrido. No era ella miedosa. Y, sin embargo, ahora pensaba en la posibilidad de un atraco. Estaba tan solitaria la carretera...

Generalmente iba por Tetuán, en el tranvía del pueblo de Fuencarral, y mucho más temprano, con luz.

Se recogió en el asiento, pensando, para distraer el miedo, en cosas alegres, frívolas. Pero no lograba serenarse del todo. Seguía teniendo miedo, no sabía de qué; un miedo vago, inconcreto, mezcla de augurio y de superstición. Bah, los nervios, sin duda. Llevaba una vida tan agitada, tan... Procuraría enmendarse, aquietarse un poco, reglamentar sus hábitos. ¡Ah, por fin! Ya llegaba.

Detúvose el carruaje ante un hotelito de dos plantas, cercado por un poco de jardín, aislado en el campo. La Trigueros bajó rápidamente, y al ver que no había allí ningún otro coche, tuvo un movimiento de contrariedad. Luis no había llegado todavía, pues que el carruaje que tomaba esperaba siempre para el regreso. Dudó en despedir al suyo, y lo hizo al fin, viendo por las rendijas que el gabinete donde solían entrevistarse estaba iluminado. Rosa, la vieja que guardaba la finca, sin duda ultimaba los preparativos del te.

Pagó al cochero y empujó la verja, entornada. Atravesó el jardín de mal humor por la tardanza de Luis. Ya otra tarde había llegado después que ella, y esto era poco galante. Ah, pues se lo diría en cuanto llegase. Ganó la media docena de escalones que daban acceso a la casa. Torció a la derecha, llamando a la vieja:

—¡Rosa! ¡Rosa!

La puerta del gabinete estaba asimismo entornada. La empujó, nerviosa ya, con violencia. Al abrirse quedóse inmóvil, petrificada por el espanto y la sorpresa, al ver de pie en medio de la habitación a la única persona que allí había.

—¡Alvaro!

IX

Fué una exclamación rota, angustiosa, proferida al mismo tiempo que sus ojos se desorbitaban no queriendo dar crédito a la evidencia.

—Alvaro, sí — respondió éste con calma siniestra —. Alvaro... tu marido, que viene a celebrar contigo una cita de amor. — Y tras una pausa, durante la cual ella, vacilante, dejóse caer en la butaca próxima: — Porque aquí todo está dispuesto para eso: el te, este diván, la soledad del lugar, hasta la complicidad de la noche que empieza. Todo muy discreto, muy hábil, muy poético... ¿Quién



iba a decirme a mí que tú y yo íbamos a encontrarnos en este sitio?

Concha, aturdida, oía y veía a su marido como a un fantasma que le hablase. Indudablemente se hallaba ella fuera del mundo real.

Ceballos prosiguió con sangrienta ironía:

—Y no dirás que no soy puntual. Dijiste a las cinco, y aquí me tienes esperándote, enamorado, rendido, cual cumple a todo buen caballero. Porque supongo — añadió, sacando una carta del bolsillo — que este sobre era para mí y que únicamente por error de pluma, por una distracción disculpable, en vez de estampar en él mi nombre escribiste el de un amigo mío, excelente amigo por cierto, a quien yo consideraba como a un hermano. Sí, este sobre era para mí, porque ¿a quién mejor que a tu marido, que tanto te quiere, podías tú hablarle de amor?

Y cambiando de tono:

—Anda, quítate el abrigo y el sombrero; ponte cómoda, que el te nos espera y no es cosa de dejarlo enfriar por una futesa. Me-

rendaremos tranquilamente y charlaremos de algo que a los dos nos importa.

Y así diciendo, sin nerviosidad, con su aire mundano de siempre, acercóse a su mujer para ayudarla a despojarse del abrigo. Concha, recobrándose un tanto por el tono frívolo de su marido, esperanzada en el fondo de poder salir airosa de la situación, obedeció maquinalmente.

—Anda, siéntate.

Como un autómata hizo ella ademán de dirigirse a una de las sillas de la mesa; pero algo que vió brillar en los ojos de Alvaro le detuvo. Este prorrumpió en una carcajada sarcástica.

—¿Serías capaz? No, si lo creo, si eres capaz de todo, si eres una inconsciente... ¡Merendarías tan tranquila si yo no hubiera venido dispuesto a matarte!

De la calma aparente había pasado de súbito a la exaltación. Concha, detenida junto a la mesa, hizo un movimiento de huída ante el puño crispado de su marido. Este, de un salto, llegó a la puerta, cerró por dentro y se guardó la llave.

—¡Gritaré!—exclamó ella corriendo al balcón despavorida.

Ceballos la cortó el paso.

—Es inútil. Nadie podrá oírte. La vieja no está aquí, y este nido de amor se encuentra admirablemente situado. Estamos solos... ¡como yo soñé que estuviéramos siempre para querernos!

La había asido las muñecas, y apretándoselas, forcejeando ella por desasirse, quedaron sentados en el diván. Concha clavaba los ojos desencajados en el semblante lívido de su marido. No acertaba a hablar; la sensibilidad en ella parecía embotada; era el suyo un gesto de horror y sorpresa simplemente, de bestia estúpida que se siente vencida ante una fuerza superior. Concha Trigueros veía en su marido, de improviso, a un hombre completamente nuevo, a *otro* que jamás pudo imaginar.

Alvaro, frenético, siguió hablando:

—Tú, naturalmente, estabas ajena a este encuentro. Ese imbécil—pensabas—anda por París mientras yo me divierto de lo lindo con quien quiero. Pues te equivocabas; no soy

tan imbécil, ni he estado tan ciego que no haya visto desde el primer momento tus traiciones. Pero te he querido tanto, que me resistía a la evidencia; no quería creer que me engañabas, que me pagases con tanta vileza el bien que te he hecho. Pues ¿qué eras tú cuando te elevé hasta mis brazos y mi corazón, hasta la honradez de mi nombre y el bienestar de mi casa, sino una pobre mujer vestida de harapos y de mentiras? ¿Qué eras tú más que un poquito de fango que yo me bajé a recoger piadoso, amoroso, para convertirlo en luz? Y en pago de mi amor, todo este fango tuyo me lo has escupido a la cara, has llenado de él mi casa, has emporcado con su liviandad mi vida y mi nombre. ¡Ah, perra, mala perra!

Le estrujaba las manos entre las suyas, con fuerzas que aun siendo superiores de ordinario, tenían ahora una violencia mayor.

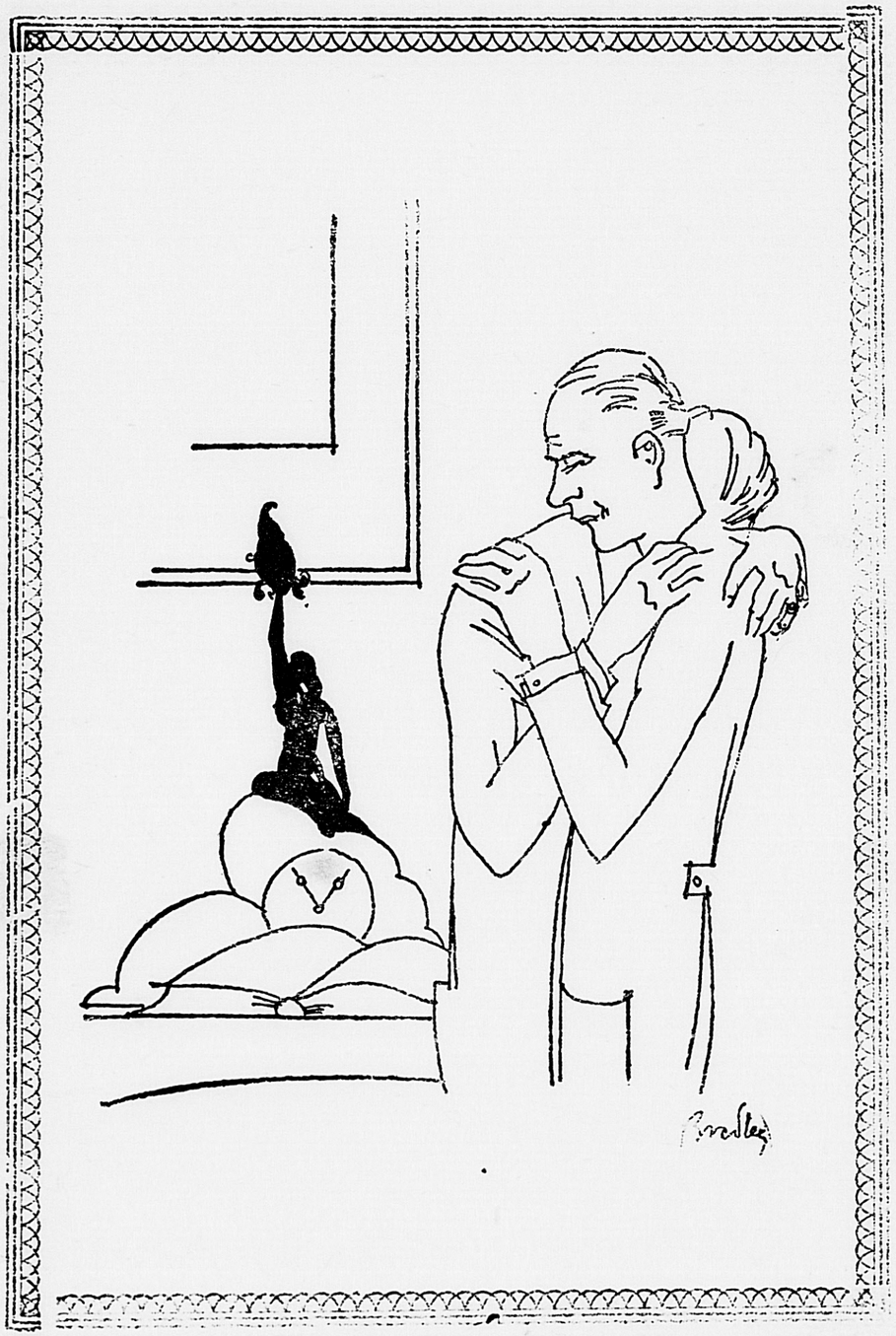
—Bien sabe Dios — continuó, gimiendo más que hablando — que pensé en olvidar tus infamias, en marchar muy lejos de ti y poner entre nosotros para siempre una barrera de ausencia y de desprecio. Es lo que

procede en un hombre de mi clase; es el único gesto que permite la buena educación. Pero para esto era preciso que te quisiera menos de lo que te quiero, ¡de lo que te quiero todavía, pese a este cieno de que me has llenado! Eres mi oprobio y te quiero; eres mi vergüenza, y mi deshonor, y mi desdicha, y te quiero sin poderlo remediar. ¡Ojalá hubiera logrado arrancarte de mi alma como una hierba venenosa, como una ponzoña maldita, como para mí has sido! Pero no puedo, no puedo... Estoy condenado a quererte hasta que me muera... Eres mi maldición... ¡Y, sin embargo, en la copa de tus labios he bebido la única ventura de mi vida, en la copa de tus labios he vivido mi única existencia, mi amor único!

—¡Perdóname! — exclamó al fin Concha, acogiéndose a la inflamada ternura de las últimas palabras de su marido, rompiendo al cabo la pétrea corteza de su insensibilidad—. ¡Perdóname!

Mas como ningún amor le llevó hacia Alvaro, no supo decir más.

—No, no te perdono ni puedo perdonarte.



Nada te absuelve. En nombre de ninguna otra pasión me has engañado. A Luis tampoco le quieres... ni a nadie. No has querido a nadie en el mundo. Eres la bestia ciega, torpe, que hace el mal porque sí... Reptil tan venenoso no debe alentar sobre la tierra... Es un bien el aplastarlo...

La Trigueros, recogiendo fuerzas, soltóse de entre las garras de su marido, y de un salto corrió a la mesa y empuñó un cuchillo, dispuesta a defenderse y a acometer.

—Pues acércate si quieres—gritó retadora, blandiendo la afilada hoja.

Ceballos arrojóse sobre ella, y sujetándole el brazo la desarmó. Luchando cuerpo a cuerpo, vinieron a caer sobre el diván.

—¡Ah, perra, mala perra! ¡Y aún serías capaz de matarme después de haberme asesinado el alma! ¡No, maldita! Soy yo quien debe matar. ¡Muere tú, que jamás debiste nacer, por infame! ¡Muere tú!

Sonó un fogonazo... Sin una voz ni un grito, el cuerpo de la Trigueros palpitó unos instantes sobre el diván y quedó rígido, exánime.

—¡Así!—gimió Ceballos, delirante, enloquecido—. ¡Así!... Ya no harás más daño a nadie... Pero ahora que ya no me oyes, ahora que apareces lavada y santificada por la muerte, ahora que sólo tengo entre mis manos tu triste carne vergonzosa, puedo confesarte mi crimen como la prueba más alta de mi amor. Te he matado porque te adoraba, porque matándote limpio tu espíritu de maldades y escorias, porque te soñaba pura, impoluta para mí. Convirtiéndome en tu asesino, expiando mi crimen, sufro por ti una vez más, te hago el homenaje de mi dolor y de mi culpa. ¡Pobre mujer y qué ciega has vivido por estas joyas que te adornan, por estas perlas y estas galas culpables! Ellas te llevaron a mentirme amor, ellas han sido tu única dicha, sólo para ellas has vivido, sin ver nada fuera de tu vanidad insaciable. Pero yo te las arranco..., no quiero que ahora, purificada por la muerte, vaya a la tierra tu pobre cuerpo adornado como para una fiesta... Quiero que no quede en ti ningún recuerdo de tu vergüenza... ¡Estas joyas malditas deben pulverizarse como tu vida!

Con manos febriles iba desnudando de sus joyas el cuello, las orejas y los dedos de la muerta. De un puñado se las echó al bolsillo, con gesto avaro. Luego, de rodillas ante el cadáver, lo besó ansiosamente repetidas veces, rompiendo a llorar.

—¡Perdóname tú a mí ahora!—sollozó—. Es tan egoísta el corazón... No he debido matarte... Soy un asesino vulgar, un hombre vil que mata porque le engañan, que se venga cruelmente... ¡Perdóname, Concha, alma mía! Soy un cobarde, sí, soy un cobarde...

Lloraba amargamente, abrazado al cuerpo de la difunta, besándolo con furor.

Levantóse al fin, sintiendo de súbito la necesidad de confesar su crimen, de entregarse a la justicia. Y, tras un último adiós a la muerta, entornó las maderas del antepecho, apagó la luz cual si, dormida, cuidase de su sueño, y abandonó la casa.

X

Iba ciego, loco, como un autómata, a través de la noche y la soledad del camino. Parecía sentir sobre sus huesos un cansancio de siglos. Nunca como entonces en su vida *sentía* más clara la presencia de Dios. Dios iba con él, le precedía y le escoltaba, llenaba todo el firmamento—tan estrellado, tan azul—y la tierra entera, tan miserable... Este pensamiento, esta visión, era la única gota de agua en la fiebre de su delirio.

Llegó hasta Tetuán a pie, jadeante. Allí tomó el tranvía, y en los Cuatro Caminos pudo encontrar un auto. Pensó en que le condujeran al Juzgado de guardia; pero necesi-

taba antes que alguien se hiciera cargo de su casa. Se acordó de Faustino Lago. Trataría de verlo un instante. Fué a la Peña en su busca.

No estaba. Le dijeron que hacía días no iba por allí; creían que se hallaba enfermo.

Se dirigió a su casa. En efecto, Faustino había guardado cama unos días, pero ya estaba bien. Se lo encontró tirado en una *chaise-longue*, leyendo un libro de caza.

De un salto púsose de pie y le abrazó, exclamando:

—¡Alvaro! ¿Qué te ocurre? ¿Vienes enfermo?

Ceballos, agotado, dejóse caer en un sillón. Luego, con voz temblorosa, opaca:

—Faustino... He de decirte algo muy grave... ¡Vengo de matar a mi mujer!

—¡Alvaro! ¿Qué dices?

Los brazos nervudos, potentes, de Lago aprisionaron a su amigo con un nuevo abrazo. Pero esta vez no le soltaron, cual si quisieran protegerlo contra todo.

—¿Qué dices, Alvaro?—repitió Faustino,

con angustia en la voz, lleno súbitamente del dolor que hería a su amigo.

Este, jadeante, anheloso, murmuró:

—Te digo la verdad..., una triste verdad. He matado a Concha... Me engañaba y la he matado.

Y, tras la última palabra, Alvaro cayó en una nueva crisis de llanto. A Faustino, el chicote de siempre, el niño grande y brusco y alegre en todo momento, se le llenaron los ojos de lágrimas. Por su memoria pasó de pronto la figura de la Trigueros sentada en el *cabaret*. ¡Ah, era ella!

Apretándole contra su pecho, Faustino exclamó:

—¿En qué quieres que te ayude, Alvaro? ¿Qué necesitas de mí? Lo que quieras y como quieras. Estoy a tu disposición. ¡Habla!

—Gracias. No necesito más que una cosa: que te ocupes de mi casa como puedas. Nada más. Y otro favor—añadió, entre lágrimas, acobardado como un chiquillo—: que me acompañes ahora al Juzgado de guardia. No me atrevo a ir solo.

—Primero, tranquilízate. Tiempo tendrá de buscarte el juez.

—No, el juez no me buscará. Todo el mundo me cree en París. Nadie sabe que yo la he matado.

—¿Qué dices? A ver, cuéntame...

—Ha sido en una finca de Luis..., porque es Luis—¡quien yo creía mi amigo del alma!—quien...

—¡Miserable!—gritó Faustino, crispando los puños—. ¡El tenía que ser!

—Estaban citados allí. Yo sorprendí la carta que ella le mandaba, y he acudido a la cita. Ahora veo que no tengo la carta..., ha debido quedarse allí.

—Providencialmente, Alvaro. Luis, y no tú, es el asesino.

—No, no; el asesino soy yo.

Lago se había separado de su amigo y exclamó con imperio:

—Escúchame, Alvaro. Vas a hacer lo que yo te diga. Tú no mereces estar un solo minuto en una cárcel. Ahora mismo nos vamos tú y yo fuera de Madrid y de España. Lo mejor es poner tierra por medio. Yo soy libre y nada tengo que hacer en ninguna parte; puedo ponerme a tu disposición sin sacrificio alguno. Vámonos... Ya pensaremos lo demás por el camino... Tomamos el primer tren que salga de Madrid...

En vano insistió Ceballos para hacerle desistir de semejante intento. Faustino estaba decidido a poner en práctica su propósito, y por nada se detendría.

—Ahora necesito un cuarto de hora para mí solo. Espérame.

Alvaro, sin voluntad ni fuerzas, acabó por rendirse al dominio de su buen amigo.

Este llamó a su mayordomo — un viejo criado modelo de fidelidad y servidumbre— y le dió diversas instrucciones relacionadas con la casa de Ceballos y la suya propia. Además, a primera hora de la tarde siguiente, entregaría en el Juzgado de guardia una carta.

Y Faustino, luego de escribir media docena de palabras sin firma en un pliego, lo metió en un sobre, que puso en manos del mayordomo. Por último, ya sabía..., ni una palabra de nada, la reserva más absoluta.

XI

No se trataba de un viaje simulado; fuése, efectivamente, a París, con motivo de los negocios en que se metiera, más para distraer sus preocupaciones que con idea de lucro. Y aún pensó desde allí proponer a su mujer una separación amistosa. El no volvería jamás por España. No quería en modo alguno autorizar con su presencia las hipótesis injuriosas que los de su mundo hicieran con ocasión de su matrimonio. Ahora veía cuán justificado era el veto impuesto a la señora de Ceballos.

Pero tiraban de él los celos, podían más que todos los razonamientos acerca de una

separación, esponja discreta que en ese medio social pretende lavar manchas del honor; y regresó a Madrid sigilosamente, decidido a espiarla, ansioso de no comprobar otras sospechas que las de una vida irregular, equívoca, mas sin actos culpables.

Alojóse en un hotel de último orden, y durante varios días anduvo en acecho de Eugenia, la doncella de confianza, de quien sospechó siempre pudiese ejercer oficios de tercería. Al fin la vió salir una tarde. La siguió. Cuando iba a entrar en la Peña, cortóle el paso. Quiso ella resistirse a la confesión, sin duda para cotizar mejor su complicidad; pero él supo ganarla tentando su codicia. Toma y daca; ella sacó la carta del pecho, él la entregó un billete de mil pesetas, añadiendo:

—Y ahora, pase lo que pase, usted no sabe nada. Y le prevengo que si descubre usted a la señora este paso en espera de una recompensa mayor, lo pasará usted mal.

La actitud, el gesto, el tono de voz de Ceballos amedrentaron a la doméstica, que murmuró confusa:

—Descuide, descuide el señor.



Pero su emoción participaba tal vez en mayor grado del sentimiento de la avaricia. ¡Mil pesetas! Cuándo había soñado ella una suma igual. Con mil pesetas consideraba excesivamente pagado su silencio. Y el turbio espíritu y el lóbrego entendimiento de Eugenia iluminároнse milagrosamente ante aquel billete.

El nombre de Luis Giráldez estampado en el sobre paralizó de asombro a Ceballos. ¡Luis, el amigo fraterno, a quien acababa de salvar de la ruina! ¿Pero es que no existían camaradas leales?

No durmió aquella noche pensando en el día siguiente, que iba a amanecer para él con aurora de sangre. Sentía de antemano la voluptuosidad del crimen, la venganza, el castigo. Ningún prejuicio le detenía en su propósito. Comprendía la razón de matar que asistió a Otelo y a cuantos burla el amor; ya no le parecía, como antes de conocer a Concha, bajeza execrable de manos plebeyas regidas únicamente por las leyes del instinto.

Una hora antes de la cita, deteníase un carruaje de alquiler en el cruce de la carre-

tera de Fuencarral con el camino de Chamartín de la Rosa. Ceballos echó pie a tierra y encargó al chófer que le aguardase, no sin abonar previamente y con esplendidez el servicio. Alejándose bastante del punto de parada hasta perder de vista el vehículo, y siguiendo las instrucciones que le facilitara Eugenia, penetró en un hotelito. Una vieja le salió al encuentro.

—¿Qué desea el señor?

—Hablar con usted unos minutos.

La vieja—exigua de carnes y estatura, de aire tímido y medroso—no sintió, sin embargo, ningún recelo ante caballero tan bien portado, fino de maneras y bondadoso de expresión.

—Este hotel es de don Luis Giráldez, ¿no es cierto?

—Justamente, señor.

—Y usted es Rosa, la encargada de guardarlo, ¿verdad?

—Verdad, señor.

—Y aquí es donde algunas tardes, desde hace tiempo, viene el señorito Luis en compañía de una señora, ¿no?

La vieja calló, palideciendo. Diríase que el temor de cierta adivinación la hizo empequeñecerse, abreviarse aún más.

—De mí—continuó él—acaso tenga usted noticia. Soy muy amigo del señorito Luis. Me llamo don Alvaro de Ceballos.

El cuerpecillo de Rosa se contrajo nuevamente, de modo más visible, y empezó a temblar.

—No tema usted nada. Y entremos, porque he de decirle algo más.

Ceballos internóse en la casa seguido de la vieja. Al ver la mesa servida para el te, interrogó con vehemencia:

—¿Sabía usted que esta tarde vienen los señoritos?

—No, señor, no sabía nada. El te lo preparo todas las tardes, por si vienen. Casi nunca avisan.

Alvaro hacía esfuerzos sobrehumanos por serenarse, a fin de no infundir en la vieja recelos que pudieran entorpecer sus planes. Tomó asiento en una silla.

—Vamos a cuentas, buena mujer. Dentro de un rato vendrán los señoritos; mejor di-

cho, vendrá sólo *ella*. Yo necesito hablarle a solas... y me estorba la gente, me estorba usted. Es preciso, pues, que usted desaparezca. Ahí fuera me aguarda un coche. En ese coche puede irse usted a dormir esta noche donde le plazca. Corre de mi cuenta el gasto.

Y tirando de cartera, Ceballos fué a poner en manos de la vieja otro billete de mil pesetas. Rosa contuvo el ademán.

—¡Quite allá el señor! ¿Tomar yo dinero de usted ni de nadie y por... *esto?* No en mis días.

—Es que yo necesito que se vaya usted —exclamó, alterándose, Ceballos.

—Piense el señor—arguyó Rosa temblequeando—que el señorito Luis me paga para que le guarde la casa, y he de servirle. Yo no puedo moverme de aquí.

—Le guarda usted algo más que la casa: los tapujos.

La vieja suspiró hondamente.

—¡Ay, señor! Bien sabe Dios que yo no lo supe hasta pasado algún tiempo. Jamás sospeché..., creí que se trataba de otra cosa... Y luego, al enterarme, ¿qué iba a hacer?

¿Adónde va una que más valga? La necesidad obliga a oír y callar... Pero, ¡Dios santo!, a qué cosas le fuerzan a una contra conciencia..., porque yo estimo en mucho la paz de mi conciencia, créame el señor, y por mí jamás hubiera consentido... Me engañaron, me dijeron lo que no era... ¡Ay, Jesús mío de mi alma!

—Pues oiga: precisamente por esa paz de su conciencia de usted ha de dejarme solo. De lo contrario, la hago a usted responsable de lo que pueda ocurrir en esta casa, de donde yo no me muevo hasta que llegue mi mujer.

—¿Qué quiere decir el señor?—interrogó angustiada.

—Quiero, ante todo, no comprometerla, y más la comprometo si se queda usted aquí que si se va.

—¡Ay, Dios mío! Pero dígame el señor...

—No quiera usted saber más.

—Mas si abandono mi obligación, el señorito Luis...

—Yo sabré disculparla. Y buscarle a usted otra colocación si la necesita. ¿Tiene usted familia?

—Aquí en Madrid sólo una prima, viuda, que vive en las Ventas.

—Pues allí va usted a pasar la noche. Venga conmigo... Yo me encargo de que en lo sucesivo nada le falte a usted. Usted, ¡pobre mujer!, qué culpa tiene de nada... Y siga cuidando la paz de su conciencia. Es el mejor tesoro... Cerrar los ojos todas las noches sin haber hecho daño a nadie... Abrirlos todas las mañanas sin pensar en el mal...

La dejó en el coche, camino de las Ventas, luego de entregar al cochero un billete de veinte duros. En vano insistió en gratificar a la vieja.

—¡Oh, señor! De ningún modo—protestó, horrorizada—. Creería... creería que me pagaba usted por una cosa mala... No insista el señor, no insista el señor.

Se alejó el carruaje. Volvió Ceballos a la casa. Al entrar de nuevo en la habitación, le tomó un vahido. Sudaba copiosamente. Tenía la boca seca.

Un tanto repuesto, dejó la silla, llenó de agua una copa y la apuró de un trago.

XII

De las declaraciones de la servidumbre nada sacó en limpio el juez de guardia. Todos coincidieron en manifestar que el señor se encontraba ausente, en París, y que la señora, durante este tiempo, había hecho su vida ordinaria, no recibiendo en aquellos días visita alguna. Eugenia, por su parte, declaró que ella había llevado la carta a la Peña, como otras veces; y de ahí no pasó. Cuantas preguntas le hizo el juez sobre diversos extremos, estrelláronse en la negativa más absoluta. Ella ignoraba la índole de la carta y la clase de relaciones que pudiera mantener

su señora con el señorito Luis; ella no sabía nada de nada.

Giráldez esforzóse, inútilmente, en demostrar que él no había recibido carta alguna, y, por tanto, mal pudo acudir a la cita. Estrechado a preguntas por el juez, no negó su trato íntimo con la señora de Ceballos; mas, pese a la carta comprometedora y el despojo que se había hecho a la muerta, jamás pensó él en robar ni matar a nadie. Como estas manifestaciones no convencieran al juez, quedó detenido.

De la desaparecida Rosa, a cuyo testimonio apeló Giráldez, nada pudo saberse. Ignoraba éste la clase de familia de su sirvienta, ni aun si tenía alguna; sólo sabía que la vieja guardaba la finca hacía un año y era un modelo de lealtad y servidumbre.

¿Desconocía Rosa la tragedia desarrollada en el hotel de su custodia, o, enterada de ella, el mismo terror la hizo callar y recogerse, misteriosa, en casa de su parienta? Ello es que las pesquisas policíacas no lograron dar con el escondrijo de la vieja.

La detención preventiva de Luis Giráldez

convirtióse a las setenta y dos horas en auto de procesamiento y prisión sin fianza. La opinión pública reconstruyó fácilmente el crimen. Giráldez, acosado por las deudas, y luego de dejar sobre el tapete verde hasta la última peseta, acudió a la liberalidad de su amante. Ella, esposa de un millonario, podía aliviar su situación, y así lo exigió, sin duda. No pudo o no quiso la amante facilitar lo que se le pedía, y él entonces, exasperado, la mató para robarle las joyas, cuyo valor suponía una fortuna. La vieja había sido alejada previamente del hogar, o estaba acaso comprometida en el suceso. En cuanto a la carta dirigida a su nombre, se le cayó, o la dejó olvidada, para fatalidad suya, en la habitación del crimen. En resumen, un asesinato con apariencias de pasional, pero sin otro móvil que el robo, ni otro origen que el juego. Periódico hubo que rotuló la información: *Las tragedias del juego.*

Para Giráldez, y así lo declaró ante el juez, el hecho era sencillamente un vulgar asesinato con el móvil del robo. Alguien, un malhechor de oficio, sin duda, conocedor de las re-

laciones íntimas que sostenía con la señora de Ceballos, pensó en aprovecharse de ellas y de su nombre para realizar impunemente el delito. Para ello comenzó por robar en la portería de la Peña la carta de la cita; acudió a ésta, hizo desaparecer a la criada, y, libre de obstáculos y de sospechas, cometió el crimen y el robo, cuidando de dejar la carta comprometedora como caída al descuido.

Ni por un instante imaginó que el asesino de Concha Trigueros pudiera ser su marido. Alvaro, en París desde hacía unos días, no sospechó jamás de la infidelidad de su mujer. En cuanto a él, tratábale con la afectuosidad de siempre. Unicamente observaba en Ceballos cierta preocupación y ensimismamiento que antes no le conocía; mas esto debíase, sin duda, a los negocios emprendidos que le obligaban a una vida, nueva para él, de actividades y trabajos.

La tragedia—pensaba egoístamente—no era sólo para Alvaro; era mayor para él, tildado de ladrón y de asesino. Aunque al cabo probase su inocencia, le habían matado para siempre. Y aún más por el dictado de ladrón



que el de criminal. Consideraba Giráldez que un asesinato hasta puede ser, en ciertos casos, un gesto elegante. Pero el robo, el despojo cobarde de un cadáver, ¿qué justificación puede tener?

Veía con espanto deshecha su vida. Si el error judicial prosperaba, aguardábanle unos cuantos años de presidio; si lograba, al cabo, probar su inocencia, ¿qué porvenir le esperaba al otro lado de la puerta de la cárcel? Estaba arruinado, había perdido todas las hipotecas. ¿Y quién, sombreado su nombre por el Código, iba a ayudarle, a tenderle una mano? Su amigo mejor, Alvaro, que tantas veces hubo de aliviar sus angustias pecuniarias, era ahora su natural acusador. A aquellas relaciones culpables debía Ceballos el haber perdido a su mujer; estas relaciones sirvieron de base al crimen.

Entre la muerte moral que significaba una condena o el pistoletazo efectivo a que tendría que recurrir como única solución de su vida truncada, no sabía cuál preferir.

XIII

Dalmacio Ponte, curioso investigador de vidas ajenas, para quien en todo Madrid no había un secreto, contó en el Casino al grupo de sus íntimos la vida y milagros de la Trigueros.

Era hija de un hombre honrado que se dedicaba a pintar muestras y anuncios de establecimientos de ínfima clase: un arte personal un tanto extraño, que participaba a un tiempo del oficio de pintor de brocha gorda y del artista imaginativo. No eran rótulos vulgares ajustados al patrón del género, sino letreros de caprichosas letras acompañadas de algún dibujito alusivo a la índole del co-

mercio o la industria. Eran también grandes cartelones que decían, por ejemplo: "En ninguna casa se come tan bien y tan barato como en ésta"; todo ello en medio de una orla muy floreada o con el aditamento de una figura representativa de un parroquiano gordo y lustroso, a gusto del amo. Con unas cuantas muestras y dibujos bajo el brazo, iba el hombre visitando tiendas. Y la mayor parte de los industriales negábanse en redondo a la oferta apenas formulada; pero era tal la simpatía del artista y su arte—sin duda el mejor—para convencer y persuadir, que rara era la casa de donde salía sin haber contratado su trabajo a cambio de unas míseras pesetas. En esto ya no podía tanto la dialéctica de nuestro hombre; aceptaban el encargo, hasta colaboraban algunos en la confección del proyecto; mas ninguno pagaba decorosamente.

La madre era otra cosa. Despótica, mal intencionada, lengua pronta a morder en la honra ajena; sin una ternura para su hija ni su marido, ceñuda de ordinario, cerrada de entendimiento y asaz egoísta. Una alhaja.

Concha no parecía haber heredado ninguna prenda de carácter de sus progenitores. No se parecía a ninguno. Alegre, holgazana, ambiciosa, cuando poco después de los quince años se encontró huérfana, pensó que su belleza era su único patrimonio, el cual bien administrado podría rendirle pingües beneficios.

Sin emoción, sin simpatía siquiera, con frialdad de cálculo simplemente, vendióse al primero con que tropezó; luego a otro, y a otro. Era el jornal para la vida, la galantería barata que no resuelve más que el problema diario. Ella necesitaba más, había nacido para más, llevaba en la sangre otra cosa. Y comprendiendo que en aquel medio no saldría de pobre, salvo el caso—una lotería—del señorón que quita a una infeliz de la carrera para ponerla cuarto, pensó en cambiar de ambiente. ¡El teatro! Allí estaba el camino. Con la plataforma del escenario, la mujer que menos vale crece que es un gusto. Los hombres eran tan idiotas, que a la misma hembra que en la calle no le pagarían sus favores por un duro, puesta en un tablado se arruinan por ella.

¡Lástima que no tuviese voz, por poquita que fuese! Pero, en fin, para anunciar la sopa sirve cualquiera. El caso es salir a las candilejas como a un escaparate. Se hizo cómica. Pese a sus esfuerzos y los de algún empresario de poca monta, fué imposible el que llegase a desempeñar "segundas". Quedóse en comparsa, esto es, con poco escaparate. El señorón rico y caprichoso no llegaba. Como el sueldo era irrisorio, las contratas intermitentes y los que caían por el escenario gentecilla de poco más o menos, tenía que suplir sus gastos con otros ingresos. Hacía citas. Acudía a los prostíbulos de cierta categoría que mejor contribuyesen a su *réclame*. Lo que jamás toleró por cálculo, por norma, era los *pelmazos* que por cinco duros se creen con derecho a monopolizar una mujer. No, no, nada de novios, ni de chulos, ni de amigos: sola, solita siempre, y cara dura para todo el mundo menos para el que pagase bien las sonrisas. Toda una política de mujer ambiciosa que para llegar adonde se propone bien y de prisa, empieza por limpiarse el camino de obstáculos

Tal era, a grandes rasgos, la historia de la Trigueros, según Dalmacio Ponte. Una mujer ambiciosa, fría de alma, perversa de todas las perversidades, y no por contagio del ambiente, sino por instinto, por llevar en la sangre la perversión. Concha Trigueros era conocidísima en todos los burdeles elegantes. Contábanse de ella mil anécdotas. Llegó a llamársela "La marquesa" por las preferencias que con ella mostró cierto marqués viejo y arruinado a quien la Trigueros trató cruelmente.

Su matrimonio con Ceballos había sido, en opinión de Ponce, no el punto final de sus aventuras, sino un episodio simplemente. Luego de casada, la Trigueros no supo resistir a la nostalgia de su pasado, y hacía alguna que otra escapada a los *cabarets*, donde estaba segura de no poder topar nunca con un hombre como su marido. Lo único que no se explicaba Ponte era el asesinato de la Trigueros. No creía, como todo el mundo, que el amante fuese el asesino. En esto andaba el misterio.

XIV

La impunidad y el remordimiento era un peso superior a sus fuerzas. El alma se le angustiaba bajo él. No había realizado el crimen para huír cobardemente eludiendo la responsabilidad, sino para aceptarla con todas sus consecuencias. Había matado por lo que fuera, en nombre de una vindicación o por venganza vil, con razón o sin ella, pero había matado, y era lo hidalgo dar la cara, responder de lo hecho. De otro modo, sí que sería un criminal abominable.

Mas cuando en Bruselas se enteró del procesamiento de Luis Giráldez, no pudo más con la carga: tenía que soltarla inmediatamente. Ya no se trataba sólo de su conciencia, sino de la imputación del crimen a un inocente. ¿Qué importaba que éste fuera un miserable y el causante del hecho realizado? Mayores castigos merecía por su traición y su ingratitud, mayor crimen había cometido, pero no del que se le acusaba. Se imponía, pues, restablecer la verdad cuanto antes.

Y burlando la vigilancia de Faustino Lago—el buen Faustino que a toda costa quiso salvarlo del oprobio carcelario y para ello no le detuvo sacrificio alguno—cogió el tren y se plantó en Madrid.

La confesión del crimen produjo gran sensación. El misterio se esclarecía, mas el folletín entraba en un nuevo aspecto interesante. Alrededor del nuevo capítulo la fantasía popular siguió tejiendo su leyenda.

Con el cambio de protagonista, no ganó gran cosa ante la opinión pública Luis Giráldez. El odio popular se concitó contra él. Debía continuar ocupando la celda de la cárcel que abandonara para ceder el puesto al nuevo delincuente. Giráldez, el amigo traidor, era el verdadero asesino. La figura del

marido, aureolada por el respeto y la consideración social, agrandábala y exaltábala aún más la opinión. En la muerta cebábanse todos: los de arriba, por haber enfangado a uno de los suyos; los humildes, por la ingratitud con que había pagado su encumbramiento. Sólo alguna que otra alma ruin refocilábase con el suceso... Bien empleado le estaba al marido; que cada cual escoja mujer entre su clase, y si le sale perra que se aguante.

Veinte meses de cárcel. Durante ellos, Alvaro de Ceballos envejeció rápidamente por dentro y por fuera. Encanecido, arrugado el rostro, encorvado, nada quedaba ya de la silueta fina, airosa y mundana del prestigioso caballero. Era otro hombre. Y como la ruina de su cuerpo, la del espíritu. Parecía haberse apagado la llama de su inteligencia, nadando ahora en una atmósfera densa de bruma y de pesadilla. En esta neblina todo se le aparecía borroso: su infancia, su juventud, el ambiente aristocrático en que había vivido, el teatro en que conociera a Concha, la figura de ésta, la escena del crimen... Todo pálido, confuso,



caótico, como danza de duendes en la penumbra.

Tres cosas destacaban, sin embargo, en la nebulosa: una boca roja, fresca, que le sonreía; un collar de perlas manchado de sangre, y más sangre formando un charco, un lago, un piélago inmenso como el que vieran también los ojos espantados de Macbeth...

No medía el tiempo, no contaba los días y las horas, a semejanza del que sueña con el fin de su cautiverio. Ni tenía conciencia de éste, ni le inquietaba la aurora de mañana. ¿Qué aurora podría lucir para él que no apareciese teñida por aquella sangre que le manchaba las manos?

Celebróse la vista de la causa. Apretujóse el público en la tribuna de la sala. Gran expectación. El fiscal pedía unos cuantos años de presidio; el abogado defensor hizo un informe habilísimo y elocuente en que, sin ultrajes para la muerta, hizo resaltar como víctima suya la figura del marido. La opinión había asistido a éste en todo momento con su simpatía, y el Jurado no vaciló en declarle irresponsable. El procesado, sentado en el banquillo, daba la impresión de un sonámbulo: inmóvil, mudo, los ojos clavados en un punto vago, lejano...

Cuando se vió en la calle experimentó una sensación de soledad agobiadora, lancinante. ¡Solo en medio del mundo! ¿Qué iba a ser de él? ¡Cuánto mejor estaba en la celda, al abrigo de sus cuatro paredes, guardado por su carcelero, sin nada que esperar ni que temer! ¿Qué iba a ser de él en el mundo, empujado en el torbellino de la vida como un ser ciego o paralítico?

Sintió miedo, un miedo de niño que teme a la soledad y las tinieblas; y se hubiera echado a llorar, empavorecido, a no haberse abierto, acogedores, ante él unos brazos. Los brazos de Faustino.

En ellos se refugió instintivamente como en el único lugar seguro que le quedaba en la tierra. El poco hogar que ya podría hallar en parte alguna, allí lo encontraría; estos brazos leales serviríanle de escudo y de lazarillo. Así se lo prometió Faustino, el brus-

co, el atolondrado, que ante la desventura de Ceballos había perdido un poco de su habitual alegría.

XV

Le acompañaba a todas horas, procurando alegrarle y distraerle, tratando por todos los medios de sacarlo de su sonambulismo. En vano. El enfermo no reaccionaba. Se dejaba llevar y traer como un muñeco; dábase cuenta sin duda de aquella compañía protectora, pero de modo instintivo, con sensación más bien física que moral.

Faustino continuaba en el gobierno de la casa y la hacienda de Ceballos, y no ponía mayor celo y escrupulosidad en el manejo de las suyas. Durante la prisión de Alvaro había cambiado la servidumbre. Quería evitar a su amigo el dolor de posibles interro-

gatorios acerca de la difunta. Eugenia fué expulsada por Lago violentamente, casi echada a puntapiés por la escalera, luego de un diálogo que con ella sostuvo. ¡La alcahueta, la mala hembra! Que se fuese a continuar sus oficios de Celestina donde mejor se los pagasen. Ella era también responsable del infortunio de su señor. ¡Largo de allí, a la calle, a un burdel, que era su elemento!

Un encargo había hecho Ceballos a Faustino en las primeras veces que fuera a visitarle a la cárcel. Buscar a Rosa y procurarla una colocación. Se lo había prometido y no quería faltar a su palabra.

Lo que la policía no pudo conseguir descubriendo el paradero de la vieja, lo logró Lago prontamente. Mas llegó tarde. Rosa había muerto. La parienta a cuya casa fué a parar le informó de todo. La vieja había muerto de *remordimiento,* aterrorizada por la tragedia. Desde que se enteró de lo ocurrido en el hotel no tuvo un instante de reposo. "Yo tengo la culpa—repetía—. Si cuando me enteré de la clase de relaciones de los señoritos, cuando supe que se trataba de una

mujer casada me hubiera negado a servirles, acaso no llegara esta desgracia. Pero soy tan culpable como ellos."

La conciencia no dejaba vivir a la pobre vieja. En su larga vida jamás había tenido nada que reprocharse. Ni su lengua ni su pensamiento mancháronse nunca con la calumnia ni el mal deseo. Había sido una buena mujer, laboriosa, discreta, sólo atenta a sus deberes. La suerte hubo de ponerla en trance de comprometer la paz de su conciencia. Y el escrúpulo de haber obrado mal—escrúpulo santo de un espíritu recto—la mató... "¡Pobre vieja—pensó Faustino—, y cómo en la otra vida, al juzgarla, se reirán de escrúpulos tan inocentes!

Nadie sabía de Luis Giráldez desde que saliera de la cárcel. Aseguraban unos que permanecía en Madrid amparado por unos parientes modestos y haciendo una vida misteriosa; afirmaban otros que estaba en Barcelona, desempeñando un destino para poder llevarse un pedazo de pan a la boca. Por noticias posteriores más fidedignas supo Faustino que Giráldez, abandonando a su mujer

y en compañía de una amiga, había huído de España, luego de cometer una estafa importante que, a quedarse, le hubiera valido varios años de presidio. Por América andaba, de *croupier*, según los últimos informes.

El mutismo de Ceballos, su ensimismamiento, tornábanse locuacidad y animación cuando se encontraba solo en los salones de su casa, particularmente ante los objetos que le recordaban a la muerta. Entonces, con ademanes descompuestos, violentos, monologaba de un modo incoherente y apasionado.

En medio de su soliloquio, sacaba del bolsillo unas sortijas, unos pendientes de brillantes, un collar de perlas—las joyas arrancadas al cadáver de su mujer—, y las miraba con ansia, las besaba con fruición, las esparcía nerviosamente sobre cualquier mueble y, de súbito, con gesto avaro, mirando en torno como si fueran a robárselas, las guardaba de nuevo.

Eran todo su tesoro: lo único que en su existencia de espíritu ausente parecía ligarle al pasado, lo único que acaso encendía en

su mente oscurecida las luminarias del recuerdo. Estas joyas malditas, un día manchadas con la sangre de su dueña, esplendiendo magníficas, claras, hialinas, eran toda su fiesta y su amor, su compañía y su entendimiento. Fuera de ellas, nada veía ni sabía.

En el Casino, adonde alguna vez, del brazo de Lago o solo, iba a pasar un rato; en el banco de un paseo, en la soledad de su alcoba, en todas partes, salían a relucir las joyas entre frases incoherentes, unas veces irónicas, otras tiernas, mas siempre con un fondo de amor doloroso; espectáculo risible para muchos que sólo veían la parte externa de aquel juego de monomaníaco; conmovedor para otros que conocían la tragedia de tales piedras preciosas.

XVI

De vez en cuando—ya habían transcurrido algunos años—los pies le llevaban por el mismo camino. Era su jornada más grata, tanto en las tardes de sol, avanzando entre el polvo que levantaban a su paso automóviles y carros, como en días de lluvia y frío, dibujándose su desmayada silueta en los senderos grises, junto a los árboles desnudos de la calzada. Insensible a los rigores atmosféricos, con planta distraída y perezosa, hacía su larga caminata desde casa hasta la Sacramental. Era una especie de peregrinación espiritual, más preciada cuando más fatigosa, impulso subconsciente, toda vez que la con-

ciencia del pobre enfermo dormía envuelta en nieblas.

A las puertas del camposanto deteníase un punto, suspirando, como quien llega al fin, tras éxodo penoso, al término apetecido. Quitándose el sombrero, que ya no dejaba de la mano hasta abandonar el sagrado lugar, penetraba en la Necrópolis. Los empleados le miraban como a persona conocida: "Ya está ahí don Alvaro." Sabían su nombre y su historia, conocían su "vena". Era uno de los *parroquianos* más constantes allí donde tan pronto se olvidaba a todos.

Sin equivocar jamás el camino, siempre por los mismos sitios, dirigíase a *su* sepultura. A su paso, las tumbas blanqueaban plácidas, serenas, en las tardes de sol, llorosas y desoladoras en las grises; melancolía ya dulce, ya amarga, según la tonalidad del cielo. Las cruces de mármol y de madera, fastuosas o humildes, tenían una misma expresión de misericordia cobijando por igual os tentosos mausoleos de piedra labrada c losas mezquinas con epitafios borrados na



s
ci
esp
imp

la lluvia y el sol. Pese a la muerte niveladora, la vanidad humana mordíale el talón con pompas póstumas y, a manera de palacios cercados por jardines, levantábanse grandes sarcófagos protegidos por doradas verjas, cual si sus muertos quisieran todavía evitar el contacto con esas otras sepulturas chiquitas, anegadas en la hierba y el musgo, con la losa rota y roída, que tantos pisan al pasar, sin querer. Los cipreses hieráticos diríanse jalones que medían el reino de la muerte, negras banderas de la nada. Los sauces humildosos convergían hacia la tierra con la lluvia de sus ramas, y florecillas y hierbajos eran, así como las cintas y las coronas deslucidas y agostadas, mísero adorno, triste despojo del no ser, algo así como las sobras de un festín de vanidades.

Y envolviéndolo todo un gran silencio, ese silencio de los cementerios, más profundo que el de las catedrales, más *frío* que ninguno: el silencio que parece *escaparse* de la boca de un muerto.

Turbando este silencio, Ceballos, ante una

sepultura modesta, sin oropeles funerarios—una lápida sencilla y llenándola toda una cruz dibujada en la misma piedra—solía exclamar:

—Aquí me tienes... Vengo a verte... Es tu marido quien viene a verte... Nadie más se acuerda ya de ti... Nadie más que tu marido.

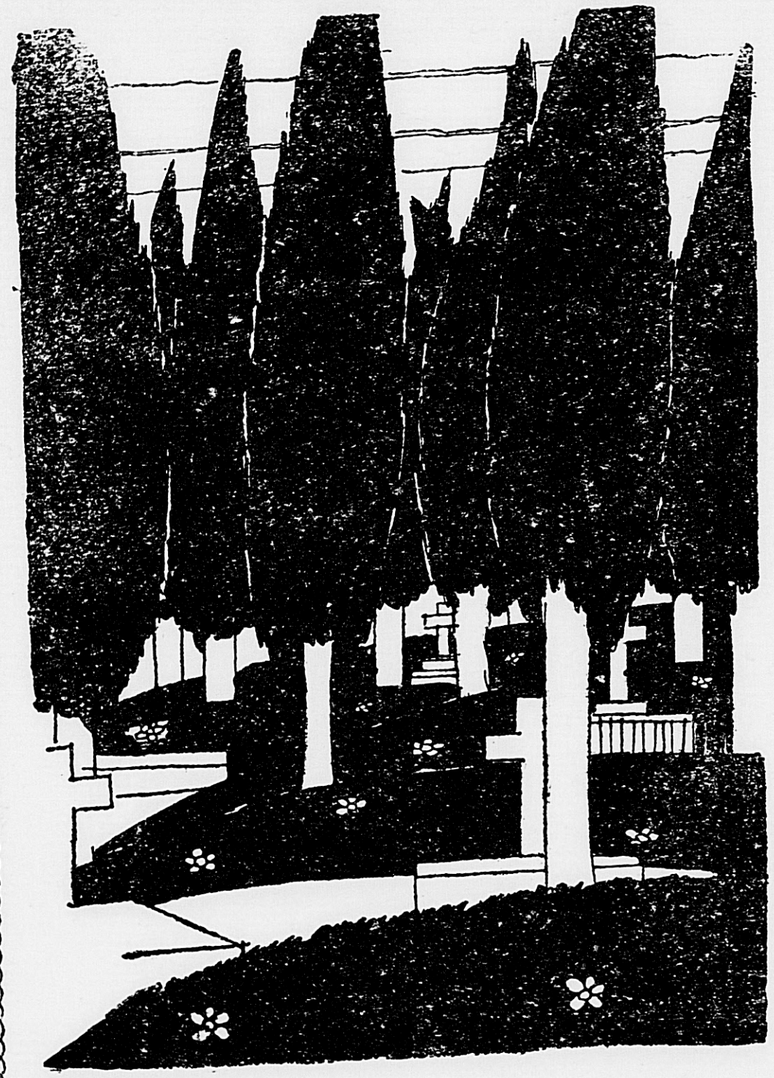
Estas palabras sonaban lúgubres, macabras, en la paz del cementerio. Era el lamento de un amor que se resistía a morir, que sobrevivía al engaño y al ultraje, que alentaba, soñador y desconsolado, entre las brumas de un cerebro enfermo. Luego, arrodillado ante el sepulcro, rezaba mentalmente. Largo rato solía permanecer junto a la muerta. Algunas veces la llevaba flores, que esparcía sobre la losa, y casi siempre, sacando del bolsillo las perlas, los brillantes, murmuraba frases como éstas:

—Mira cómo relucen las piedras que tú tanto querías, que tan bien te adornaban.. Cuánto siento que no puedas lucirlas. ¡Estabas tan hermosa con ellas! Pero yo fuí un cobarde, y te maté, sí, te maté, como el más mi-

serable de los hombres. Hoy no lo hubiera hecho... Te hubiera perdonado... Acaso seríamos felices todavía...

Muchas veces costábale trabajo al conserje de la Sacramental arrancar de su sitio al desgraciado visitante. Valido de la tolerancia que con él se usaba, solía quedarse algunas tardes hasta bien anochecido. En verano gustaba particularmente de ello. Placíanle sus quiméricos diálogos con la muerta al resplandor de las estrellas blancas y los luceros azules o bajo un cielo malva por el que ascendía lentamente el cándido disco de la luna.

El cementerio entonces cobraba a los ojos del visionario cierto aspecto de cosa irreal. Era como jardín de ensueño, como una isla misteriosa en el río sagrado de la otra vida, un Leteo remoto y profundo. En la sombra crepuscular, bajo el temblor de oro de los astros, los sepulcros, los cipreses, no inspiraban horror alguno mortuorio, sino que aparecían desdibujados en cierta vaguedad dulce. No se distinguía ningún epitafio, no había allí nombres de seres ni de cosas; nada



existía en aquella calma suavísima, en aquel silencio tan puro que una sola palabra humana, un rumor cualquiera, lo infectaría.

Quién sabe si, mientras el ciego entendimiento no llevaba a los labios del envejecido caballero palabra alguna, su otro *yo*—espíritu vidente, luminoso—se embriagaba de estrellas en la noche azul y tranquila, y de armonía sideral en el gran silencio de la tierra y el cielo, y de fragancias tan sólo perceptibles para las almas quintaesenciadas. Quién sabe si el espíritu de la muerta, limpio de todas sus máculas, purificado en el crisol del infinito, comunicábase con el espíritu de Ceballos y se juntaban en un gran beso casto, en un amor inmaterial, todo luz y emoción, imposible para los seres de la tierra. Acaso en el éter, nadando sus espíritus, se comprendían, se completaban en una hermandad o una coyunda que no lograron en vida; tal vez en el espacio continuaban el diálogo, sin palabras apenas, comenzado en el mundo.

Ello es que don Alvaro de Ceballos permanecía largo tiempo, como en éxtasis, ante el sepulcro querido y mirando al cielo, que

se cuajaba de estrellas, bañando en su lumbre pálida la pobre tierra del cementerio, bajo la cual dormían todos los pecados y todos los amores.

F. Ortiz de Pinedo

Se ha puesto a la venta en toda España la más esperada novela de

Wenceslao Fernández Flórez

el humorista de agudo ingenio y el novelista que sabe dar a sus creaciones la máxima ternura y emoción.

Las siete columnas

es el título de esta nueva magistral novela, hermana gemela de aquella otra, cuyo éxito resonante traspasó ya las fronteras, "El secreto de Barba Azul". En

Las siete columnas

como en "El secreto de Barba Azul",

Wenceslao Fernández Flórez

uno de los más sólidos prestigios de nuestra literatura contemporánea, conmueve y deleita, hace pensar y sonreír y es a la vez el filósofo claro y grave y el humorista e ironista de inimitable gracejo.

En esta novela,

Wenceslao Fernández Flórez

demuestra que los siete pecados capitales son

Las siete columnas

sobre las que se sostiene el complicado edificio del mundo.

Pedidos, a "Editorial Atlántida".
Mendizábal, 42.—Madrid.

La "Editorial Atlántida" ha puesto a la venta

Autocracia y Democracia

disertaciones amenísimas, de un gran interés y claridad, en las que el excelente escritor y orador

Marcelino Domingo

demuestra una vez más sus inamovibles ideales democráticos.

Cinco pesetas ejemplar.

Niñas bien, pollos bien

por

José M.ª Landero

Interesante obra donde se refleja de un modo exacto, y descrita con un gran ingenio, la vida de nuestra juventud moderna.

Pedidos: MENDIZABAL, 42.

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peníscola. Cinco pesetas en todas las librerías.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los días, novela (3.ª edición).
"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).
Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela (12.º millar).
Las siete columnas, novela.

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.
Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

Mendizábal, 42. - Madrid

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA

Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

LA NOVELA DE NOCHE

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

ESPAÑA

Año..... 32 pesetas.
Semestre..... 19 —

EXTRANJERO

Año..... 12 pesetas.
Semestre..... 12 —

PORTUGAL Y AMERICA

Año..... 24 pesetas.
Semestre..... 14 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro postal o sellos de correos.

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZABAL, 42

MADRID

MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA

Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

La Editorial Atlántida

ha puesto a la venta las siguientes obras:

VOLVER A VIVIR

el hermoso drama de FELIPE SASSONE, que tan clamoroso éxito alcanzó.
Ejemplar, 3 pesetas.

Las horas del amor y de la muerte

que contiene lo más escogido entre toda la obra de magno estilista RICARDO LEÓN.
Ejemplar, 5 pesetas.

LIBERTAD

Tomo cuarto de las obras completas del gran escritor cubano JOSÉ MÁRTÍ, prologadas y ordenadas por ALBERTO GHIRALDO.
Ejemplar, 5 pesetas.

Pedidos a **Editorial Atlántida** y **Novela de Hoy.**

MENDIZÁBAL, 42. MADRID

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

3.000

-AN
-JAEN
-LE1
-NC

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

Se ha puesto a la venta

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.